REVISTA MULTICOLOR DE LOS SABADOS

CRITICA

MAYOR CIRCULACION SUDAMERICANA

AÑO I — BUENOS AIRES, JULIO 14 DE 1934 — No. 49



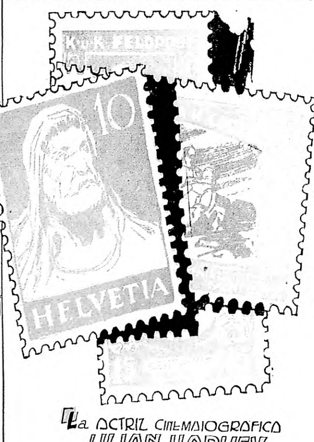
VISTO y OIDO ★ *Gallos que Sirven de Barómetro* ★ por PREMIANI



En la llanura HÚNGARA se llaman "CZARDAS" a ciertas posadas. La MÚSICA y el BAILE que ahí tuvieron origen se difundieron con el nombre de "CZARDAS".

Un religioso llamó al "JUICIO UNIVERSAL" de **MIGUEL ÁNGEL** "Pintura de Taberna". El artista, enfurecido, lo retrató en el JUEZ INFERNAL MINOS. Es el único retrato hecho por el maestro.-

El novelista DICKENS creyó realizar el súmmum de la ELEGANCIA al presentarse un día en el estudio del PINTOR FRITH para que lo retratara en sobretodo AZUL CELESTE con puños ROSA, corbata VERDE LORO, chaleco VIOLETA con bordados de ORO y pantalón AMARILLO.-



La actriz cinematográfica LILIAN HARVEY tiene una de las mejores colecciones de SELLOS cuyo valor está calculado en $35.000.



Es creencia universal que cuando el GALLO canta fuera de su hora (la madrugada) anuncia **LLUVIA**.-



"INSECTO" quiere decir "CORTADO EN SÍ", porque todos ofrecen una separación muy marcada entre la cabeza, el tórax y el abdomen.

El Asesino de los Andes

★



EN el corazón de la Cordillera de los Andes, donde fronteriza el territorio argentino con Chile, un poco hacia el sur del Cristo, entre peñascos que se elevaban inmensos hacia el infinito azul; y al borde mismo de las profundidades insondables de los precipicios, se adivinaba, más que se veía, la existencia de un blanco ranchito, que soportaba impertérrito las furias huracanadas del viento y del eterno nevar. Era aquel ranchito, a las pupilas del hombre, como uno de los tantos nidos de cóndor, que para vivir la grandeza de su vida libre, elige el picacho más alto de los Andes.

Allí vivía Celedonio Sandoval, "El Inca", como solían llamarlo los serranos. Había crecido como un ermitaño. Ajeno a las bajas pasiones humanas que en la lucha diaria por la subsistencia crean todos los artificios y ejercitan la maldad como arma defensiva a su propia existencia. Era un salvaje, al decir de los civilizadores..., pero su corazón palpitaba al unísono de la propia naturaleza, a la cual vivía pegado, como los habitantes de edades milenarias.

No conocía el odio, no conocía la envidia, su alma era límpida como un cielo sin nubes. Su único enemigo era la propia naturaleza donde habitaba desde su infancia; a la par que había ido creciendo en edad, también había ido descubriendo todos los misterios, vericuetos y emboscadas que encierra la Cordillera en cada uno de sus peñascos.

Nadie le conoció familia.

Era el baqueano que más profundamente conocía los Andes en toda su extensión de Norte a Sur, pero nunca exploté sus especiales ventajas.

Muy rara vez bajaba a los pueblos cercanos, por lo general lo hacía una vez por año, cuando se le agotaban las provisiones.



Era silencioso y huraño al trato humano.

Otros baqueanos muchas veces solían sorprenderlo parado sobre los más altos picachos de la Cordillera, escrutando el cielo o mirando cara a cara al sol, en un épico desafío de no pestañearle nunca, hasta que el fulgurante astro, como vencido por el poder visual del indio, iba a esconderse ruborizado detrás de los altos picos del Aconcagua; mientras él, sin moverse del lugar, iba dejándose envolver lentamente en las oscuras sombras de la noche. Luego lanzaba un grito de triunfo, grito que se repetía en una sucesión de voces sonoras producidas por el eco, que hacía estremecer de miedo al hombre más templado.

Nada podía contra él. El viento, la nieve y el frío, eran su ambiente natural. El peligro: su único ejercicio, y para ello sólo le bastaba su hercúlea contextura física y un pequeño puñal con el que muchas veces había salvado su vida, clavándolo en las entrañas de una fiera o en la masa nívea de los hielos, escapándose así de caer entre los brazos descarnados de la fatídica parca, que a cada instante le tendía su amorosa celada.

Es que, se podría decir, él era en sí una partícula palpitante de los Andes.

En una mañana otoñal, se abrió la claridad del día bajo un cielo cargado de nubarrones rojos. Los rezagados veraneantes que poblaban un hotel, enclavado en las macizas rocas cordilleranas, ataviados con vistosos trajes de invierno y munidos de elegantes piquetas, montados sobre el lomo de mulas serranas, pletóricos de emoción, cruzaban valles, serranías, vertientes de aguas cristalinas enfilando empinadas cuestas, marchaban siempre ascendentes.

Quedaban absortos los expedicionarios ante el maravilloso espectáculo que contemplaban al al pasar, y como un alivio al espíritu cargado de emociones, comunicábanse a gritos la intensa alegría que bullía por dentro, al ir escalando los Andes. No pensaban para nada en los riesgos que debían soportar en la inconsciente expedición que realizaban. Sólo los acicateaba el instante de poder llegar hasta la cima del Aconcagua, que se elevaba majestuosamente por sobre todas las montañas de la Cordillera negra. Sus picos eternamente nevados, se mostraban mansamente a los alucinados ojos del hombre, como un incentivo a la curiosidad humana.

Anochecía, cuando los esforzados expedicionarios hicieron un alto en un valle, cercano a la "Laguna del Inca", ubicado a 3.800 metros de altura. Sus aguas tranquilas y azulinas se presentaron a la admiración del hombre, en una gigantesca fuente que parecía ser la encarnación de una fantástica leyenda increíble.

Al fondo, completaba el magnífico marco una ondulante sucesión de cimas de idénticas formas. Al Este, la vegetación se debatía en una lucha titánica con las rocas, para mantener el terreno ganado en una centuria de años.

Los expedicionarios fueron conducidos a una cripta, conocida solamente por el guía; y

Las fatigas del día los derrumbó muy pronto en el sueño, hasta que un grito extraño y repetido muchas veces por el eco, resonó en la soledad de la noche y corrió por la montaña como un augurio trágico.

Sobresaltados, los viajeros se tocaron en silencio en medio de las tinieblas y se estremecieron enteros. Ignoraban el peligro que pudiera amenazarlos.

—¿Qué será?—, se preguntaron en secreto.

El baqueano que oyó, respondió por ellos:

—No hay por qué asustarse. Es el grito del "Inca".

—¿Del Inca? — preguntaron extrañados.

—Sí —respondió a secas el baqueano, — y se envolvió entre sus cueros de lanas, volviendo a conciliar su tranquilo sueño.

Los expedicionarios excitados por las emociones del día y los misterios de la montaña, demoraron en dormirse.

Durante el resto del tiempo, nada vino a conturbar el sueño de los improvisados alpinistas, y cuando la aurora rompió el velo de la noche, de nuevo la caravana emprendió la marcha.

El cielo apareció otra vez ensangrentado por los nubarrones rojos.

A partir de ese lugar, la marcha se hacía cada vez más difícil y accidentada. Enfilaban cautelosamente por una quebrada, cuando a poco se oyó un tropel impreciso que se acercaba con furia.

—¡Cuidado! — gritó el baqueano —, mientras se adelantaba agitando el látigo y gritando: Ja-a, gua, ja-a, gua, huij-i-i-i...

Impulsado por un miedo inconsciente y por instinto de conservación, todos los expedicionarios imitaron sin esfuerzo al baqueano, y las voces se centuplicaron en la montaña, a la vez que se acercaba el misterioso tropel.

Espantadas por los gritos, una manada de llamas que huían despavoridas, cambiaron violentamente de rumbo, perdiéndose por un estrecho desfiladero, que seguramente los conducía hacia el llano.

—Suerte que gritaron ustedes también, si no nos matan —aseguró el serrano.

—¿Por qué disparan?

¡Quién sabe!, — se limitó a decirles, mientras continuaba andando.

A mediodía bordearon la "Laguna del Inca" y, cambiando rumbo, siguieron por sendas estrechas hacia el Sur.

A poco, tuvieron que descender por la explanada áspera de la sierra "Los Azules", cuyo colorido, al ser tocado por los rayos solares que se escapaban a través de los nubarrones rojos, reverberaban en una conjunción de reflejos que dejaba atónitos de admiración a los hombres de la expedición.

Marchaban sin descanso, unas veces saltando profundas hondonadas y otras se les veía trepando trabajosamente por abruptas mesetas.

Alguien observó que el baqueano, contrastando con su natural apatía, se mostraba intranquilo y a cada instante oteaba el espacio.

—¿Qué pasa "Chuño"? — inquirió el que ejercía de jefe.

—Tendremos tormenta.

—¿Tormenta?, — repitieron todos.

Una niña que integraba la expedición palmoteó de alegría al conocer la noticia. Los elegantes expedicionarios festejaron el regocijo contagioso de la niña Margarita, y pensaron que iba a ser la primera aventura que les ofrecería la Cordillera.

—Debemos apurarnos — arguyó el baqueano —, así alcanzaremos a tiempo, el resguardo que está cerca del "Cerro del Juncalillo", donde podremos guarecernos.

Inmediatamente emprendieron de nuevo la marcha.

Los nubarrones rojos densificaban cada vez más la atmósfera y rodaban por sobre las escarpadas montañas, como bolas de fuego.

El baqueano apuraba el paso de su mula y los guiaba por una bien acantilada mole que se levantaba perpendicularmente desde el fondo de la empinada. Una verdadera granizada de pedruscos, arrancados por las patas de las bestias, rodaban pendiente abajo.

Los viajeros seguían su ascensión, silenciosos y preocupados. A todos los obsesionaba la tormenta roja. Las nubes se agitaban furiosas y amenazantes sobre las cabezas, como si estuvieran preñadas de odio hacia la pequeña caravana que seguía avanzando.

Cuando llegaron al pie del inmenso peñasco, por indicación del baqueano penetraron de a uno en fondo por un angosto desfiladero que se iba estrechando a cada paso. Al desembocar en un reducido valle, el guía se apeó y esperó a Juan Balmaceda, jefe de la expedición. Los dos hombres conversaron un instante. Seguidamente Balmaceda se acercó a los compañeros de aventura y les comunicó el diálogo.

Momento después, con los ojos vendados y las riendas sueltas, reanudaron la marcha, bordeando uno de los tantos insondables precipicios cordilleranos. Las bestias avanzaban prudentemente, con las narices en tierra, como si fueran olfateando el riesgoso camino. Las caprichosas sinuosidades del sendero, hacían que por momentos no alcanzaran a verse, no obstante la corta distancia que los separaba de unos a otros.

De las profundidades del precipicio se levantaba un vaho blanquecino, saturado de fragantes perfumes de ignoradas flores silvestres y también se olían las fuertes emanaciones minerales de que está compuesto el macizo de los Andes.

El trayecto duró media hora, que fué para todos una eternidad.

No habían salido aún del desfiladero, cuando atronó el espacio un terrible trueno que hizo parar en seco a los animales. Se les erizaron los pelos a las asustadizas bestias y dejaron percibir a los jinetes un intenso tembleque de patas. Poco después desembocaron en una quebrada que dejaba al descubierto un pequeño espacio, cubierto de vegetación herbácea. En un ademán nervioso se arrancaron la venda de los ojos. Aparecieron los rostros pálidos que denunciaban los minutos de terror.

—¿Falta mucho todavía? — preguntó Balmaceda, quien indudablemente era el más valiente. Además, él tenía la responsabilidad de la iniciativa y deseaba conducirlos a todos de regreso al hotel, sin que les sucedieran desgracias.

—Queda ahisito nomás.

Los peñascos amontonados unos sobre otros, a impulso del fuerte viento que soplaba y que por momentos aumentaba en intensidad, parecían balancearse sobre sus débiles pedestales. Siguieron en silencio, orillando anchas hondonadas, hasta que penetraron por un estrecho desfiladero y cabeceándole a las salientes filosas de las rocas, salieron a un valle cubierto de nieve. El baqueano extendió su mano y señaló un punto negro, que apenas se dibujaba en el fondo del lugar:

—El Resguardo.

Los expedicionarios nunca hubieran podido descubrirlo entre las rocas, ni a la más corta distancia. En dirección al rancho, pendiente abajo continuó marchando la caravana. El viento y la nieve les impedía apurar el paso. Las mulas resoplaban fuerte y nerviosamente, como si su instinto animal les denunciara la proximidad de un tremendo peligro.

Llegaban a la quebrada "Garganta del Diablo", cuando de nuevo y más intenso, como si hubieran caído mil rayos juntos, se dejó oir otro trueno. Esta vez se estremeció el granítico suelo en una prolongada vibración y las paredes rocosas se abrieron en grandes grietas, y por ellas brotaron chorros de aguas de ocultas vertientes.

—¡Mamita! — exclamó la nina, al tiempo que juntaba sus manos, en una rogativa desesperada al supremo Dios.

Un silencio de muerte se produjo en el instante y todos se buscaron con los ojos engrandecidos por el pavor.

Las nubes rojas seguían jugando su diabólica danza sobre las cabezas de los indefensos mortales.

Un grito de terror se le escapó a Margarita y se apretó la cara con sus dedos crispados por el espanto.

El trueno se repitió y entonces un tercer sacudón dió por tierra con personas y animales. Las rocas, por efectos del temblor, se desprendieron de sus frágiles soportes y rodaron pendiente abajo en una avalancha mortal.

Hombres vendados y trémulos, montañas irisadas por la nieve y desbaratadas por el terremoto, peleas de indios y de cóndores en el aire, hombres que dan su vida, son los motivos trágicos de este cuento.

Durante buen rato se extendió en todas direcciones de la montaña un recio crepitar de fuegos artificiales.

De la terrible catástrofe quedaron con vida dos expedicionarios. El suelo rocoso donde fueron sorprendidos por el temblor, se abrió en dos partes, dejando en medio una honda cavidad de profundidad insondable. Balmaceda, maltrecho, ávidamente estaba entregado al trabajo de apartar rocas para libertar a Margarita de su granítica prisión, cuando fué sacudido por un grito angustioso.

Era Otto Muller; con su cabello encendido por su rojo fuerte, con sus ojos fuera de las órbitas, agitando sus brazos como si fueran aspas de molino, de entre los escombros salió despavorido corriendo por entre los peñascos, arrancándose las ropas hechas girones; y gritando un nombre extraño. Cayendo y levantándose seguía su carrera loca, hasta que sus pies encontraron el vacío y se precipitó al abismo.

El panorama había cambiado violentamente de forma. Perdidos entre las inmensas moles de piedra, rodeados de abismos, encerrados por enormes masas graníticas, sin noción de orientación, habían quedado Balmaceda, y Margarita que no podía caminar.

La nieve y el viento, caprichosamente cambiaban a cada instante de dirección, y sus copos níveos fueron lentamente cubriendo la montaña que servía de tumba a los malogrados expedicionarios.

Balmaceda quería a toda costa salir de la terrible encrucijada, quería hacerlo salvando la vida de la niña que le habían confiado antes de partir en la desgraciada aventura. Quería salvarla a costa de su propia vida y a cuestas con ella, emprendió la marcha por entre las rocas humeantes.

Avanzaba como enloquecido con el peso de su carga. Sus manos crispadas se aferraban febrilmente a las piedras para no rodar en las resbaladizas pendientes de hielo. De su boca desprendíase un hilo de sangre, que brotaba de sus labios rotos. Sus ojos fijos, como los de una esfinge, duros, como modelados en piedra, cegados por el blanco de la nieve, sin fuerzas; sin dirección ni punto de destino, seguía penosamente andando por las abruptas montañas. Se había hecho el propósito de caminar, caminar, hasta morir si fuera necesario. Pero la enorme voluntad de aquel hombre fué doblegada por el intenso frío, que se filtraba cortante por entre sus harapos, y se rindió por un instante.

—Castígame, castígame, le dijo a Margarita, que había reaccionado, y que desesperada lloraba al ver la proximidad de su muerte segura.



—Castígame, repitió imperioso Balmaceda.

Margarita, maquinalmente, golpeaba, golpeaba furiosamente, como si en ella se hubieran refundido las fuerzas de una honda venganza. Golpeaba sin piedad, cada vez más enérgica.

Un gesto de fiereza se dibujaba en su desencajado rostro y su brazo muerto de cansancio fué reemplazado por el otro, y continuaba castigando al hombre que podía salvarla. Golpeaba, golpeaba con ansias de matarlo... hasta que su macabra misión terminó en una carcajada lúgubre, que se desparramó por todos los ámbitos de los Andes y cayó desmayada.

Poco después, sobre el peñasco más elevado del lugar, se dibujaba una silueta que atenta observaba el amplio vuelo de un cóndor, que revoloteaba en un determinado lugar. Sus amplias alas extendidas y sin movimiento planeaban un cauteloso descenso, y perdiendo altura realizaba círculos exploradores, ocultándose por momentos entre los picachos andinos.

El "Inca", comprendiendo la tragedia, deslizábase rápidamente por entre los hielos hacia el lugar donde el cóndor había encontrado su presa. Los círculos realizados por el ave se cerraban cada vez más pronto y lo vió realizar un rápido descenso y pararse a observar su carnada.

Al descubrir la presencia del "Inca", el salvaje animal lanzó un ronco graznido de desafío y se aprestó a atacar. Abrió su enorme pico corvo, sus largas alas se agitaron pesadamente, y sus garras filosas se abrieron listas para acometer.

Seguidamente desplegó su vuelo hacia el lugar por donde trepaba ágilmente su rival y marró el zarpazo. Sandoval, reconoció en el cóndor al enorme pájaro de rapiña que hacía estragos en las majadas de cabras y que en más de una ocasión se había levantado con muchachos serranos, llevándolos entre sus garras hasta su oculta guarida.

Lo reconocía como al "Asesino de los Andes", el que por su espíritu sanguinario lo atacaba ahora furiosamente. Comprendió la intensidad de la batalla que debía librar con el enorme pájaro, pero estaba dispuesto a vender cara su muerte. Otra arremetida sin éxito le hizo el cóndor, y mientras se alejaba en vuelo rápido para volver a la carga, el Inca se deslizó hasta una meseta cercana, donde sus ojos de lince habían descubierto los cuerpos inanimados de los dos expedicionarios. El cóndor rasgó de nuevo el silencio con un graznido trágico y arremetió decidido. Esta vez Sandoval no pudo evitar ser alcanzado, y a poco sintióse levantado por el aire. Entonces en un supremo esfuerzo, para que el pájaro asesino no alcanzara altura y lo lo lanzara contra las rocas, con una de sus manos se aferró a sus patas y con la otra le abrió el pecho de una profunda puñalada. Las garras se apretaron más en las bronceadas carnes que un picotazo salvaje le abría la espalda, pero no soltó la pata del alado animal.

La lucha era mortal entre los dos y se realizaba en el aire.

Otra puñalada alcanzó a darle y esta vez el cóndor lanzó un sordo graznido de muerte y sin fuerzas fué descendiendo con su humana carga hacia un valle cercano. Tocaron tierra y en piso firme el Inca terminó su obra mortal. Otros baqueanos que habían presenciado la trágica lucha del Inca con el cóndor, corrieron a auxiliarlo.

Poco después Celedonio Sandoval les indicaba el lugar donde estaban adormecidos por el frío Margarita y Balmaceda, que de esta manera casual salvaron sus vidas, después de haber experimentado los efectos de un terremoto en el corazón de la Cordillera de los Andes.

POR

E. L. GON[illegible] ARENA

[illegible]

COMO CASCARA DE QUIRQUINCHO

POR

A. FERNANDEZ ACEVEDO

ILUSTRACION DE RECHAIN



LA mañana fresca y linda. Un tenue nublado de medio cerro arriba. Encima de uno, asentado en el filo una nube algodonosa como sombrero ovejón en la cabeza de un paisano.

En mitad de la falda en cuclillas estaba el rancho. Entre un desordenado balar iban bajando la falda las cabras y las ovejas mordisqueando las matas seguidas por "Jazmín", el perro cabrero.

Al llegar al río, desparramadas, se pusieron a beber.

Venía la Nicasia con el balde lleno que acababa de ordeñar: ¡Tendría cuarenta años? ¿Tendría sesenta?

¡Vaya a saberlo!

En el cerro quizás por la vida que hacen, de los treinta arriba son todas iguales. Unas arrugas más. Unas arrugas menos. Eso, es todo.

A la siga venía el nieto, Tolentín, haciendo zumbar de vez en cuando una piedra con su honda.

En la cocina estaba la Rosa y Dimas.

Rosa cuidaba la ropa. Ahora estaba preparando la comida que debía llevar al campo, pues no regresaría hasta la noche. Al lado del fuego una punta de ollitas de barro como pollos rodeando una clueca.

Punteaba Rosa los treinta.

Tenía la cara arrugada como cuero tereco. ¿Cuántas veces se había quedado de noche entre las ovejas, cuando el león andaba cerca, haciendo daño? ¿Y los pies? Si sabrían de pinchazos de las breas (1) y de machucaduras de piedras.

Dimas era "su hombre".

Para unas Pascuas, hacía una punta de años, había regresado del pueblo trayendo a Rosa enancada. ¡Qué linda que estaba!

Desde entonces casi siempre estaba metido en el rancho. Con Rosa había tenido un chango, Tolentín. En las señaladas se comedía a ayudarlas y hacía la obligación por ellas en la corrida (2). En recompensa siempre había para él un pedazo de asado y podía matear interminablemente.

★

La tropa se alejaba dispersa en abanico por el campo seguida por Rosa. Por la huellita, al trote iba Dimas en su mula a campear una vaca por encargue del patrón.

—Si te viene bien avisale a la Condorí que las llamas me vienen a hacer daño, le había encargado Nicasia.

★

Iba al encuentro de un grupo de vacas que bajaban al río, cuando se topó con la María, la hija de Condorí, que cuidaba las ovejas, que desparramadas comían más abajo. Un poco más lejos pasaban desfilando las llamas. El último, un macho blanco, grande. ¡Qué animal!

—¿Cómo te va?

—Asinita, ¿y usted?

Regular. ¿No habrá agua cerca?

—En ese pocito. Y fresquita que está.

Sentada en una piedra hilaba. De vez en cuando miraba a Dimas. Miraba otras, las ovejas. La mula de lado se iba alejando arrastrando las riendas. Buscaba Dimas un pucho. ¿Dónde andaría? El también se había sentado. El sombrero en el suelo. ¿Y el pelo? ¿Habría conocido peine?

—¿Qui buscas?

—Un cigarrillo. Casi enterito estaba... En la oreja.

—Va...

Miraba a María mientras fumaba. Estaba chuza la moza, con sus diez y ocho años floridos. ¿Dónde estaría la mocosa flacucha y arisca de un año antes? ¡De entonces que no la veía!

Como capullo que se abre de noche, pensaba Dimas.

★

Juntitos uno contra otro estaban los dos. ¿Y las ovejas? ¿Y la mula que enredada en las riendas, andaba a los manotones?

De los yuyos pisoteados se elevó un olor fuerte y capitoso.

★

Ese día era el último de carnaval.

Algunos se volvían para su querencia. ¿Se les habría terminado la plata? Los más se quedaban. Unos pocos llegaban recién.

En el boliche de "la esquina" el turco Abraham vichaba a los que llegaban, desde la puerta de su negocio. ¡Cómo los miraba!

Si parecía que les quería bandear los bolsillos para ver la plata que traían.

Juntos habían bajado la Rosa y Dimas del cerro.

También venía Tolentín con unos cargueros de arreo. Los tres días anduvieron de parranda de carpa (3) en carpa.

¡Cómo se habían divertido!

Ahora habían caído al boliche del turco.

¿Qué comprarían?

Estaba tratando Rosa unas cargas de harina por ovejas a recibir en la corrida, cuando cayó María Condorí.

Desde hacía año y medio, casi en seguida del encuentro con Dimas, había bajado al pueblo, a "servir" en casa del patrón.

¡Qué linda estaba!

Se habían topado varias veces, en las carpas, pero no habían podido conversar.

—¿Se van?

—Hoy nos vamos.

—¿Querís hacerme un favor?

—Bueno.

—Decile a mama que mande a buscarme

—¿Te despidió el patrón?

—Pedí permiso.

—¿Dispués volvés?

—Quién sabe.

—¿Hoy vas a la carpa?

—¿Por qué?

—Te vengo a buscar.

—Esperame frente al boliche e'Nicanor.

—Bueno.

Se fué la María dejando una estela de perfume del barato.

★

—¿Nos vamos?

—¿Compraste todo?

—Todo.

—¿Y los cargueros?

—Los mandé con Tolentín.

—Andate. Yo los alcanzaré.

—Vamos juntos.

—¿Y si se botan la carga?

—No será...

—Yo iré a lo de mi compadre Jorge en la banda...

—¿Dónde nos encontramos?

—En lo de Eustaquio te alcanzaré.

—Bueno.

Pasuqueando se alejó Rosa en su yegua tuerta.

¿Y Dimas? Dando vuelta anduvo por el pueblo hasta que anocheció. Cansado cayó al boliche a pensar frente a un vaso de vino.

¿Sería cierto que había sido suya alguna vez la María?

¡Qué compañera para lucirla en un flete peruano con chapeado en el carnaval!

★

¿Empezaron bailando una chilena? ¿Y después? ¿Cuánto estuvieron cantando, agarrados del brazo, formando la rueda? ¿En cuántas zambas lució María el pañuelo de seda azul con florcitas que le regalara Dimas? ¿Cuántos vasos de aloja habían bebido, convidándose?

Muchos habían de ser.

Era la flor de la reunión. A todos se les hacía agua la boca viéndola cimbrearse cuando bailaba. ¡Cómo la miraban!

Sobre todo un bandeño. ¿Y Antenor, el milico?

Estaría diciendo para su coleto. ¿Y para esto anduve tras ella todo el carnaval? Bien dicen que uno siembra la lechuga y otros comen la ensalada. Y total ¿por quién me veo desbancao? Por un coya que aparece como peludo de regalo.

—Si querés te llevo en ancas.

—¿Y la Rosa?

—Va...

—Es mucho camino

—Vamos despacio.

—¿Y mi guagua?

—La mandas buscar... ¿de quién es?

—Y de quién va a ser desamorado. Tuya. Ni un trapito me mandaste.

—No me dijistes nada. ¿Se me parece?

—Igualito. Le puse tu nombre.

—Lo vamos a buscar.

—¿Cuándo nos vamos?

—Ahura. Llegamos hasta "Los Molles". Mañana seguimos.

Y el milico pensaba mirándolos. ¿Y si le hiciera una parada? Tomando aloja no se ha de machar.

Se acercó a Dimas.

—Mirá muchacho, es bueno que te vayas. Te va hacer mal quedarte tanto en la carpa.

★

—Andá buscar tu caballo.

—Vamos juntos.

—Antenor te va embromar.

—¿Sí?

—Andá buscar tu caballo.

—¿Y después?

—Cuando pasas, salgo y nos vamos.

—Yo pasaré cantando.

—Bueno.

Antenor sacaba un borracho al fresco

★

Estaba contento el milico.

María había aceptado un convite "por no despresiar". Se le hacía el campo orégano al hombre. Venía uno cantando. De lejos lo había sentido María. A voz en cuello pasó cantando frente a la carpa. ¡Qué bárbaro! Como pa que no se diera cuenta.

—Con permiso.

—Bailemos una chacarera.

—Ya vuelvo...

Salió María. Una vez afuera caminó calle arriba. Arrimado a una pila de adobes tenía Dimas su caballo para que subiera.

★

Silenciosamente, sin hablar se fueron alejando del pueblo. Pasaron por lo de Eustaquio. Llegaron al río.

—Va crecido.

—Agarrate bien.

—¿Estará bien la cincha?

—La compuse mientras buscabas tu chico.

—¿Y si nos lleva el río?

—No ai ser.

Fueron pasando despacio. ¡Qué ruido metía!

—Ya pasamos.

—Iba mucho.

—Habrá llovido arriba.

Cantando una copla tomaron el camino que serpenteaba bajo los algarrobos. En la banda de enfrente, de un arriendo, un perro empezó a torear.

★

Estaba cayendo el sol cuando Rosa trastornó el abra, arreando unos cuantos burros cargados con harina y maíz.

Hacía rato que habían pasado los carnavales.

Las puntas de los cerros, aparecían blancos de nieve, contra el azul puro del cielo. Corría viento de arriba. Helada iba a estar la noche.

Daban vuelta los pensamientos de Rosa como mulas de noria ¿Qué iría pensando? Siempre lo mismo. En Dimas, que el domingo pasado se había casado con la María.

¡Qué buen mozo se había puesto!

Y recordaba el puesto de la quebrada, en el que antes pensara ella tantas veces, al desear tener para ella y Dimas puesto y majada aparte.

—En el puesto de la quebrada, Dimas va a cuidar una tropa mía, le acaba de decir al patrón, así que ustedes lo tienen que desocupar.

—Hay poco pasto, señor, había querido alegar.

—Pasto y agua hay el año redondo, había retrucado Dimas.

—Se lo entregan a Dimas. Ustedes tienen demasiado con lo demás.

El hombre y el puesto le había quitado la "yuta" (4).

Y recordó todos los expedientes que había ensayado para reconquistarlo, aconsejada por la "médica" de Brealito.

Todo en vano.

Desde que le había dejado botada de regreso de los carnavales, como trasto inútil, se había ido encariñándose más con la otra. Ahora, cada vez que la veía plegaban sus labios leve sonrisa de burla.

Por la huella que serpenteaba entre jarillas y biscoles marchaban los burros en fila, uno tras otro. Rosa empezaba a adivinar más que a divisar su rancho sobre la falda lejana.

Un poco adelante pasaba cruzando en dirección al cerro una tropa de ovejas. Al rato tuvo que componer una de las cargas.

Había terminado de arreglarla cuando divisó una mujer que venía caminando al cruce.

Sintió un golpe en el pecho al reconocerla: la María.

Venía trayendo un atado de ramas para el fuego, y en la espalda, en el rebozo, la guagua.

Se quedó viéndola venir. Mirándola fijo.

El corazón le golpeaba como el molino de la finca cuando la acequia iba toda.

Pasó la otra con sonrisa burlona.

—Yuta ladrona.

—¿Qué ti robado?

—¿Cuántas veces te acostastes con el patrón pa que te diera el puesto?

—¿Qué ti robado?

—Desde que volvistes, todos los mozos van a tu rancho.

—¿Y de ai? ¿Y al tuyo no van? Claro, si sos una vieja cascarrienta.

—Perra.

—Si tenés la cara como cáscara de quirquincho.

Zumbó una piedra. Al quererse inclinar para defenderse recibió una en la frente.

Vaciló y cayó de espaldas. Medio sentada quedó sobre un biscol. Rompió a llorar la guagua.

—Yuta ladrona.

La miró con ira. Alcanzó los cargueros y siguió huella adelante arreándolos sin volver la cabeza.

★

Medio sentada, apoyada en la mata había quedado. No se movía. ¿Estaría muerta?

Un hilito de sangre le iba saliendo poco a poco de la boca, resbalaba por la barbilla y goteaba sobre el pecho. En la frente un manchón que se ennegrecía lentamente.

Forcejeaba la guagua para salir del rebozo.

La noche tendía lentamente su manto de sombras sobre el valle que se poblaba de toda suerte de vagos y confusos rumores.

A poco quedó todo en silencio.

Salió la luna.

Primero pintó la punta del cerro del frente. Poco a poco fué bajando. Al fin apareció tras el filo del cerro opuesto como haciendo un guiño. Todo quedó bañado en la blanca claridad.

El grito áspero de un zorro rompió el silencio.

El cuerpo se dibujaba con perfiles indecisos.

Cerca, tras una mata lloraba quedamente la guagua.

(1) Mata espinosa.
(2) Cuando se junta el ganado.
(3) Negocio provisorio que funciona el carnaval
(4) Mujer con cabellos cortos.

Nuevas Aventuras del Capitán y sus Dos Sobrinos, *por Dirks*








JUNTO AL RIO QUIETO









EL HOMBRE DE LA BARBA









VIENDO USAR LA VIDA









REGALO DE CUMPLEAÑOS

POR

MARGARITA ARSAMASSEVA

ILUSTRACION DE SORAZABAL

★



DESDE temprano empiezan a llegar canastos de flores, pesadas y tentadoras cajas de las bombonerías, estuches de bridge, lujosos libros con tapas de gamuza verde almendra y una variedad de elegantes objetos de adorno destinados a satisfacer la vanidad de sus compradores y a aumentar el trabajo de los sirvientes. Los obsequios se acumulan en el hall, entorpeciendo la actividad de las mucamas que vienen a admirar los ramos y a espiar la entrada de nuevos mensajeros. La presencia de los hombres jóvenes y desenvueltos y el exótico aroma de invernáculo que se difunde en el ambiente embriaga a las muchachas con una sensación de fiesta. Se oyen risas ahogadas, cuchicheos, las miradas se deslizan por las apuestas figuras de los repartidores. Todas permanecen a la expectativa de algo imprevisto, extraordinario y delicioso.

Hoy es el día de cumpleaños de la dueña de casa, la señora Ernestina de Viale Diana. Su esposo acaba de regresar de la estancia: llegó inesperadamente con la intención de darle una grata sorpresa.

Al enterarse de que su señora no se ha levantado aún, prohibió que la molestasen y, volviendo a subir en el auto, se hizo conducir a la calle Florida. Vino de la estancia en compañía de un hombre joven, de serio y atrayente aspecto, a quien demuestra una gran confianza. El joven dejó sus valijas en el vestíbulo junto con las del señor Viale Diana y se marchó con éste al centro. El mucamo queda intrigado. Es la primera vez que el patrón hace preparar una habitación para una persona extraña a la familia. Buena ocurrencia de traerse del campo a un mozo joven y bien parecido para alojarlo en su propia casa, ¡como si no hubiera hoteles en Buenos Aires!... ¿Quién puede ser? Los días pasados hablaban de un ingeniero que quedó cesante y que el patrón estaba dispuesto a proteger... ¿Le habrá encontrado un puesto en el campo?, ¿empleado en la estancia?, a lo mejor... Hace ya rato que anda descontento con el modo de proceder de su viejo mayordomo... Si es así, y el joven se ha ganado con justicia el aprecio del patrón, las cosas se explican... Pero ¿cuánto tiempo se propone tenerlo aquí entremetido en la vida privada de los dueños?...

—Suba estas valijas al primer cuarto para las visitas — dice el patrón, y siguiendo a éste mira con disciplina el equipaje del intruso.

Las maletas son nuevas, hechas con esmero..., el equipaje del centección prolija y vistosa. Seguramente han sido adquiridas en un negocio de lujo. El mucamo pesadamente pisa la alfombra. Le empiezan a doler los callos. ¿Estará por cambiar el tiempo? Se detiene y mueve los dedos de los pies para que circule mejor la sangre. ¡No hay nada que hacer!... otra vez los siente hinchados y sensibles al roce del calzado. Si no hubiera tanto barullo en la casa podría ponerse sus zapatillas de fieltro... caminaría con comodidad sin sufrir la menor molestia...

Una cólera sorda se alza en su pecho, acelerándole el martilleo del corazón. Cerrando el puño, descarga un golpe en el costado de una de las valijas. Su ayudante lo mira asombrado. Es un muchachón fornido y pacífico traído recientemente del campo. Cumple con obediencia ejemplar las órdenes de sus superiores, y sintiéndose inocente de toda falta, no atina a explicarse la causa del enojo del anciano mucamo. ¡Una persona tan formal, tan respetable como lo es don Eusebio! Nota que el semblante del mucamo refleja preocupación, cansancio, hasta sufrimiento reprimido. Con espontáneo impulso de distraerle el ánimo, observa bonachón, sonriendo a su propia ocurrencia:

—¡Cuidado, don Eusebio!... pueden haber bombas adentro...

Su tentativa no sirve más que para exacerbar la irritación del anciano. Este, sin contenerse ya, profiere colérico:

—¡Qué bombas, ni qué diablos!... Podrían estallar todas las bombas del mundo que nadie se incomodaría siquiera para averiguar lo que pasa! Cuando las cosas han ido demasiado lejos, no se remedian tan fácilmente!... La gente ha perdido todo sentido de la decencia!... Se precisa aquí una persona que reconozca su responsabilidad, un patrón de carácter a la antigua que sepa hacerse respetar. No son bombas las que hacen falta en esta casa, sino algo muy distinto...

—¿Qué cosa, don Eusebio? — interroga cándidamente el muchacho.

Entre tanto la señora no duerme. Hace rato que está despierta y ajena a cuanta agitación perturba la quietud matinal de la casa. Sentada en su amplio lecho, sigue con una mirada absorta las sombras de las cortinas que flotan en la claridad intensa de la pared. Pensamientos alarmantes, asiduos, opresores, desfilan y se entrecruzan en su mente atormentada por tan insólito desasosiego. ¿Qué ilusión le queda en la vida? ¿Cuál es el verdadero objeto que persigue obedeciendo con tan febril e inexpresable esperanza a sus impulsos amorosos? ¡Con qué pregustación interior de dicha se entrega al deseo de un extraño, segura de hallar una reciprocidad definitiva, un sentimiento hondo, apaciguador, perdurable! ¿Por cuántas experiencias similares ha pasado? ¡Cuántas veces ha sucumbido a su renovado anhelo de descubrir un tesoro de ternura fervorosa, de comprensión amplia, en que podría refugiarse y descansar de sus pasadas decepciones, de su insensatez, de la secreta, lacerante conciencia de su propia indignidad!... Quizá toda esa incontrolable vehemencia sensual de su temperamento desempeña solamente un papel secundario en su personalidad, a semejanza de un disfraz que ocultara bajo su engañosa apariencia la legítima imagen del ser... Si toda ella se volcara por entero en el triunfo de su carne, ¿por qué sentiría ahora esa entrañable desolación, esa repugnancia que se extiende más allá del nítido y nada ofensivo recuerdo que guarda de las emociones que disfrutó esta noche en compañía de su nuevo amante?... En su memoria se destaca la figura virilmente irreprochable del joven, sus brazos de elegante jugador de polo, la boca perfumada de voluptuosidad... ¡Sí, es un hombre de tipo y de actitudes seductoras; no puede hallarle ningún defecto visible! Y, sin embargo, contempla la imagen despectiva y fríamente movida por una repentina aversión hacia todo ese conjunto de detalles superficiales que forman la persona de su amante. Posturas apasionadas, presión de músculos bien disciplinados, miradas prometedoras y envolventes y una tibieza de vida en las palabras que traicionan el deseo de impresionar. Y eso es todo. Ni más emotivo ni menos vanidoso que los otros... Un simulacro de masculinidad limitada por el alcance de sus brazos. ¡Y qué reducido, qué ilusorio es el espacio que puede abarcar en su abrazo! Está convencido de la sugestión que ejerce sobre ella, Ernestina de Viale Diana, a quien cree de haberla conquistado, de haberle producido una impresión imborrable, de haberse adueñado de los sentidos y de la ternura de su codiciada amante... ¡La bellísima Ernestina de Viale Diana, la que todo el mundo envidia su brillante figuración social y los millones de su marido! Cómo no ha de sentirse satisfecho un joven abogado de escasa fortuna que sólo ambiciona destacarse en la sociedad porteña y con tal fin recurre a todos los medios para intimar con las personas pudientes...

Llegada en sus reflexiones a tal deducción, Ernestina encoge instintivamente las piernas y se protege el seno con los brazos como si se sintiera sorprendida en su desnudez por la curiosidad de una mirada invisible. ¿Qué le ocurre hoy? ¿De dónde proviene su nerviosidad? ¿Cómo es posible que una insignificante aventura amorosa llegue a inquietarla en tal forma?... Nada amenaza su reputación, ni la libertad de sus actos. Ese joven que hace unas horas gozó de su complacencia ha cesado ya de interesarla... No es más que un recuerdo que se amalgama con otros recuerdos indiferentes confusos, extraños a la realidad de su propia vida. ¿Quién puede importunarla? No conoce otros hombres que los pertenecientes a su ambiente, por lo tanto incapaces de adoptar actitudes incorrectas o comprometedoras. Todos son dominados por el mismo temor a la murmuración; y considerándose cada uno de ellos un perfecto caballero, se abstienen de hacer manifestaciones indiscretas que los colocarían en una situación incómoda o provocarían un escándalo social. Además de las citadas circunstancias, la protege el prestigio de su abolengo. Una gran señora puede permitirse muchas extravagancias sin que su conducta sea calificada de indecorosa. En una persona como es ella las peores debilidades pasan inadvertidas en el conjunto de su aparatosa existencia... Quizá las amigas más íntimas festejen con sonrisas malignas la larga serie de sus amantes...; pero eso tampoco tiene importancia. ¡Nada tiene importancia para su tranquila seguridad, nada, absolutamente nada!... Entre tanta cultura, elegancia y refinada sensibilidad de salones no existe un hombre violento en su sinceridad, ignorante de miedos mezquinos, y que tenga soberbia suficiente para respetar el impulso de su propia pasión! ¿Quién de sus amantes y de tantos que se confiesan enamorados de ella, tuvo un gesto de viril orgullo? ¿Acaso conoció a uno capaz de negarse a desempeñar el humillante papel de favorito de alcoba? ¡Claro que no! Se precisaría un romántico insensato para proponerle que abandone a su marido y se entregue ciegamente a la pasión de un amante! Y no obstante deben existir hombres íntegros de inusitada firmeza moral que en vez de plegarse gustosos a su capricho y de introducirse furtivamente en la intimidad de su casa, le dirían con admirable convicción: "No veo la necesidad de ocultarnos como un par de ladrones; tampoco me interesa engañar la confianza de nadie. Prefiero que te quedes tranquilamente conmigo. Podemos abandonar a Buenos Aires y vivir en cualquier otra parte mientras se tramite el divorcio..." ¡Qué maravilloso sería encontrarse con un hombre de tal independencia de voluntad! Frente a un hombre así se sentiría pequeña, sumisa, aturdida de radiante alivio. El no esperaría que le explicara la causa de su absurda frivolidad: comprendería en seguida la infinita tristeza que viene oprimiéndole el alma desde el día en que se dió cuenta de que tenía por marido a un hombre agobiado ya por los años y en absoluto extraño a sus esperanzas de mujer joven y normal. ¡Qué desmoralizadoras, qué angustiosas fueron las primeras experiencias de su matrimonio! Durante mucho tiempo se agitó en ella una furiosa desesperación que parecía no tener salida y que iba acumulándose y ejerciendo una presión torturante sobre la frágil envoltura de su silencio. No obstante ésta resistió las arremetidas de la desesperación y las contuvo. El temor de ofender la vanidad del marido y perder con ello la brillante posición que le proporcionaba su matrimonio, prevaleció sobre la sinceridad de sus impulsos y la enseñó medios menos peligrosos para engañar y aplacar en parte la inquietud de sus sentidos. Pero el ambiente de hipocresía que rodeaba sus aventuras no podía distraer su ansioso deseo de expresarse en la ternura de un hogar iluminado por la presencia del hijo... En aquella época de angustia, cuando su ser no había aún asimilado las exigencias de los prejuicios sociales, Ernestina se sentía irresistiblemente atraída hacia los niños. Se detenía en la calle para ver jugar a los chicos, sonriéndoles con una sonrisa de entrañable dulzura, subyugada por el deseo de aproximarse a ellos y de besarles. A veces, vencida por la tentación, se acercaba para hacer preguntas a las madres que llevaban a sus niños en brazos, y con manos estremecidas de vehemencia tocaba los tiernos cuerpecitos. Este contacto la embriagaba de dicha. Inconsciente de la presencia de las mujeres que la examinaban con curiosidad, hundía la mirada en las vagas, inescrutables pupilas del niño, que parecían contemplarla con enigmática gravedad, y aspiraba honda y ávidamente el cálido aroma de vida naciente.

Luego comenzó a esquivar todo encuentro con los chicos. Apartaba la cabeza para no ver a una madre con su criatura en brazos, o se apresuraba a cruzar la calle. La vista de los niños provocaba en ella accesos de malhumor. Terminó por burlarse abiertamente de la fecundidad de las mujeres del pueblo. A aquellas señoras de sus relaciones que eran madres prolíficas y preferían la felicidad de sus hogares a los entretenimientos mundanos, trataba con mal disimulada intolerancia y se complacía en ponerlas en ridículo.

Ahora, mientras está sentada en la cama y mira fijamente el reflejo del sol sobre la pared, no puede apartar sus pensamientos de la imagen del hombre ideal que se presentó a su imaginación. Jamás ha conocido ninguno que pudiera inspirarle semejante idea. ¿Por qué entonces la ocupa una visión tan abstracta, tan desasociada de toda posibilidad factible? ¿Y si no fuera una mera divagación? ¿Si se hallaran tal persona o tales personas en el ambiente que ella frecuenta, mezclados indirectamente a su vida y que la observan en silencio, piadosos y comprensivos? ¡Qué irreparables, qué absurdas acciones cometemos para llenar con algún sentido el espacio ocioso de la ilusión! se dice de pronto Ernestina, repasando en la memoria su vida en los últimos años turbios de vana agitación y de extravío obstinado. Nadie le ha impuesto esta existencia falsificada que desfigura cada vez más la primitiva verdad de su ser. Como tampoco nadie tiene el poder de alterar la fuerza de la voluntad ajena. No, es ella, solamente ella, la responsable de cuanta hipocresía ha introducido en sus actos. ¿Cómo pretender que un hombre de carácter independiente y de noble sinceridad tome en consideración a una mujer que no posee un sentimiento auténtico? Ella ha adulterado todos sus impulsos. Hasta el móvil de su vanidad es impersonal. Porque debe confesarse que el placer del lujo y de las adulaciones ha cesado de estimular su vanidad. ¿Quizá no tenga ya vanidad ni ambición de ninguna índole? Lo que la mueve en su actuación exterior es la rutina de la costumbre; una red de posturas que, una vez adoptadas, llegaron a dominarla, y que la arrastra en la corriente de gestos convencionales y de conceptos adoptados, comunes a su medio ambiente. ¿Y qué hay de suyo, de propio, de positivo en su interior? Hastío, sordos rencores, relámpagos de sensualidad, breves momentos de inexpresable espera y, como amortiguadas todas estas oscilaciones de su ánimo por un constante deseo de no pensar, de aturdirse... Sí, es evidente que siendo lo que es, es decir, la negación de todo rasgo personal, no ofrece ningún atractivo que despertara el interés de un hombre superior a la decorativa mediocridad de los espíritus que la circunden. Aun en la perversidad, cuando ésta revela un carácter auténtico y fuerte, puede residir una extraña seducción para una persona temperalmente opuesta a tal naturaleza. La sugestión de los contrastes... Dos voluntades firmes que hostilizan en su antagonismos, que chocan y se atraen... Pero ella, Ernestina, está desposeída de toda voluntad fogosa, de toda virtud combativa! Acomodadiza y complaciente, se mueve por entre los grupos de sus amistades repartiendo sonrisas protocolares y un poco de calor voluptuoso... Nadie la ama, ni la posee con verídico fervor; todo se limita a una mutua tentativa de aturdirse y de conciliar el placer de los sentidos con las conveniencias... Piensa en la expresión de las miradas, de las bocas, en la insípida monotonía de las palabras. Acude a su recuerdo la actitud de un grupo de jóvenes que habían asistido a su última recepción. Los ve cómo los observó entonces, detenidos en posturas elegantes, alisadas sus lucientes cabelleras, vestidos con idéntica distinción. Todos fumaban cigarrillos turcos y todos hablaban a la vez. Parecía que cada uno de ellos se daba prisa por sorprender a sus oyentes con una noticia sensacional y que ninguno prestaba atención a lo que decían los demás jóvenes. No obstante, alzaban la voz y con acento de suma importancia lanzaban informaciones que nadie oía:

—Esta mañana encontré en Florida a Coca de Martínez de Bos. Me pareció muy mona... le quedaba muy bien el traje con mangas anchas que se usan ahora... Insiste en que juegue con ella en el próximo torneo de golf. ¡Es todo un dilema! Yo había prometido formar pareja con Nelly Collins...

—En la última reunión de bridge en casa de los Rodríguez Poldan rematé tres veces consecutivas el gran slem. ¡Tenía una suerte fantástica! Ligaba en tal forma que me sentía incómodo... Esto me hace acordar que esta noche me esperan en el Círculo... para una seria partida de póker...

—¡Recibí de París una colección de grabados antiguos de un valor artístico estupendo! Un souvenir de voyage que me envía Paquito Irealde. Me encuentro con la dificultad de no saber dónde ponerlos... Podría colgarlos en mi biblioteca; allí quedarían muy bien, el ambiente de los libros armoniza con el tipo de los grabados... Pero ¿qué hago yo entonces con el lienzo de Fujita y los dibujos de Picasso?...

—No pienso ir a Mar del Plata. ¡Hay demasiada mezcla!, detesto encontrarme en un sitio invadido por los almaceneros. En vez de aire se respira un olor a yerba y a chorizos... ¡Voy a dedicarme al turismo activo! Invitaré unos cuantos amigos y recorreremos las Sierras de Córdoba en mi auto. Los caminos son magníficos... Luego, podremos descansar un par de meses en el Edén Hotel de La Falda. Oí decir que la familia de Vidal de Lima compró un lindísimo chalet en Cruz Chica.

¡Oh, qué aburrimiento! Pensar que tiene que oír tales conversaciones durante toda su vida!... Y lo que es peor todavía, oírse a sí misma diciendo necedades semejantes! ¡Eso es exasperante, insoportable! ¡Oh, si pudiera evadirse de ese ambiente, escapar al tedio que la abruma!... Huir lejos, libertarse de todo, descansar... Sí, descansar. Ahora comprende. Lo que le pasa es que está cansada, terriblemente cansada... La atormenta la sed de reposo. Pero ¿a dónde ir? Ernestina hace un esfuerzo de voluntad para concretar la idea de un refugio que satisfaga su ansia de paz. El aleteo de sombras en la pared que no cesa de contemplar con fija e inconsciente mirada, atrae en este instante su atención. Como un soplo de frescura le roza el alma y la embriaga un semi recuerdo de profundidades verdosas amplias de quietud. Pasó su infancia en el campo. Lo primero que vieron sus ojos fueron la sombra de la arboleda sobre los caminos desiertos y la hierba de los infinitos pastizales... Asociada a estas primitivas, intensas impresiones, resurge la visión de la estancia de su marido. ¡Su marido!... ¡Había olvidado de pensar en él! Y el momento en que lo evoca, lo ve de pronto próximo, tranquilizador... ansiosamente indispensable para su propio deseo de refugiarse en su presencia... La existencia apacible, plena de silencio del campo; los largos, sedantes paseos a la hora del crepúsculo, habitaciones espaciosas, perfumadas de pureza, de soledad, sumidas en la penumbra del follaje... Entregarse a un reposo casto, reparador, renovar su cuerpo y su alma... De noche, abrir los ojos y mirar desde la cama las grandes luminosas estrellas en el cielo de la pampa, oír solamente el rumor del viento en las altas ramas de los eucaliptos o el canto lejano de algún gallo... Se apodera de Ernestina tal deseo de llegar cuanto antes a la estancia, que salta fuera del lecho, aturdida por la fiebre de la impaciencia.

¿Qué es esto?, ¿qué significan las cartas y telegramas que se apilan sobre la bandeja del desayuno? ¿Por qué la mucama entra con ese aire de regocijo y con qué motivo se ha puesto tanto polvo en la cara? ¡Oh, qué contrariedad, ni por sombra recordaba que hoy es el día de su cumpleaños... ¡Qué tentación de escapar antes que empiece a llegar la gente! El tren sale por la tarde... ¿Y si hiciera el viaje en su auto de turismo? Podría llegar en el día: los caminos son buenos. Es justamente lo que va a hacer... ¡Sola y libre! ¡Qué gloriosa solución!... Dentro de una hora subirá en el auto y emprenderá el viaje a la estancia, su viaje de liberación...

—Nos vamos a la estancia, Carola. ¡No pierdas tiempo! Debemos salir dentro de una hora. Avisa al chauffeur para que aliste el nuevo coche de turismo y prepare las valijas... No se olvide de telegrafiar a mi marido anunciándole mi llegada — dice con voz vibrante, fulgurándole los ojos de alegría y repartiendo órdenes a la mucama, que la contempla presa de estupor.

Esta, saliendo por fin de su sorpresa, se aventura a proferir:

—El señor regresó esta mañana de la estancia... Al saber que la señora dormía no quiso molestarla y se fué al centro. Me mandó decirle a la señora que volvería antes de mediodía.

Como un repentino aturdimiento confunde las ideas de Ernestina. Su corazón empieza a latir con violencia, todo parece borrarse a su alrededor. No consigue distinguir con claridad la cara de la mucama; sólo percibe con extraordinaria nitidez las palabras que ésta pronuncia. La estremece un impulso de felicidad, el alivio anega sus fuerzas...; luego, pasado ya el primer efecto de la noticia, comprende que tendrá que postergar su partida. En medio de su placer, esta idea de la evasión frustrada la hiere dolorosamente... Desorientada, se mueve por el dormitorio. No sabe lo que tiene que hacer y se olvida de las cosas más simples. Todavía no se ha puesto las chinelas, ni el peinador. Camina descalza y sin notar que el camisón se le ha caído de los hombros. Tampoco ve la solícita actitud de la mucama, que se esfuerza en vano en despertar su atención. Reacciona de un modo maquinal a la entrada de la modista. La impresión gratamente familiar que la producen los magníficos vestidos, que ella misma había elegido para estrenarlos en el día de su cumpleaños, logra reintegrarla al ambiente de su costumbre. Al salir del baño, tonificada por la frescura del agua, se siente capaz de imponer su voluntad y en excelente disposición de ánimo. Una vez vestida, se contempla al espejo sonriendo a su imagen y aceptando con una complacencia nada fingida las alabanzas de la mucama y de la modista. No puede menos que reconocer lo acertado de tales elogios que, siendo insignificantes en sí, le anticipan no obstante la admiración y la envidia de sus relaciones. Por más despreciables que le parezca ahora la pobreza espiritual de esa gente, la divierte la idea de conciliar el gozo de su secreta despedida con su definitivo y final triunfo mundano. Teniendo ya la certeza de realizar en breve su irresistible deseo de purificación, quiere lanzar una última mirada, una mirada lúcida e irónica a ese ambiente de mediocridades envanecidas que jamás comprenderá la verdadera causa de su alejamiento. Hace años que no se sentía tan firme en su voluntad, tan contenta como hoy. ¡Qué buena sorpresa reserva a su marido! Lo había aborrecido, luego tratado con absoluta indiferencia. Actualmente él es la única persona por quien siente simpatía y hasta cierto punto respeto... No puede olvidar esa tolerancia benévola y un poco senil que imprime como un sello de dignidad a todos los juicios de su marido. Este la admira, confía en su inteligencia y, seguramente, debe comprender el duro sacrificio que impone a la mujer el matrimonio con un anciano... Por eso la deja en libertad de elegir sus pasatiempos y sus placeres...

"Nunca ha hecho la menor objeción a mi deseo de vivir en Buenos Aires. Sin embargo él prefiere la tranquilidad de la estancia... ¡Pobre Federico! No ha sabido adivinar mi verdadero carácter. El me cree frívola, enamorada de figuración, entretenida con alguna aventura sentimental... y todo esto es una terrible equivocación. Resulta que Federico y yo tenemos la misma predilección por la vida sencilla. ¡Cómo descansaré en el campo! ¡Qué buena compañera seré para mi marido! Si sus asuntos no lo impiden, mañana mismo saldremos de Buenos Aires..." reflexiona Ernestina, bajando maquinalmente la amplia alfombra da escalera de mármol rosado y mirando con idéntica inconsciencia el esplendor de las flores que llenan la extensión del hall.

Se le hace difícil respirar en la atmósfera saturada de violentos aromas, sobre todo la molesta el perfume de muguet. Le encuentra algo impuro, sensual..., se asocian a esta fragancia recuerdos que la humillan, la hieren; imágenes que quiere borrar de la memoria, emociones que ahora repelen a sus sentidos... Se detiene al azar para hojear unos lujosos volúmenes con tapas de cuero dorado. ¡Qué libros incómodos para leer! ¡Pesan una barbaridad! Con sólo tomarlos en la mano ya le duele el brazo... Recorre con la vista las mesas cargadas de regalos, los monumentales ramos de rosas blancas y rojas, de orquídeas, las jarrones de China y piensa con espanto en la enorme multitud de personas que los compraron y que vendrán a exigir de ella su sonrisa de agradecimiento y las palabras que ya no tiene la fuerza de pronunciar...

Oye que han abierto la puerta del vestíbulo; percibe un apagado rumor de voces, pasos que se aproximan... La sangre se agolpa a su corazón. Movida por un incontenible impulso de alegría corre al encuentro de su marido, que avanza la mano apoyada en el bastón, erguido el torso e imponente como siempre. Una expresión de gran bondad anima su austero semblante.

—Mis felicitaciones, querida...

Se inclina y la besa en los labios. Ernestina aspira el aroma íntimamente familiar del cuerpo bien cuidado, de tabaco habano, de agua de Colonia, y se siente envuelta en una influencia protectora y reconfortante. La emoción la impide hablar, tampoco nota que su marido le coloca en el dedo un soberbio anillo de brillante.

—Federico ¡qué bien que viniste!... No me quedaré sola aquí, iré contigo a la estancia. Ya no pienso separarme de vos... He reflexionado mucho en estos últimos tiempos y me convencí de que la vida que llevo es horriblemente vacía, falsa, absurda. Te extraño, necesito tu compañía, quiero irme al campo, interesarme por tus cosas, vivir tranquila sabiendo que por fin hemos llegado a comprendernos. Mira esta enormidad de flores que me marea, esos regalos ridículos... ¿Vos crees que puedo ser feliz en medio de tanta gente vanidosa y tonta que no me deja un instante de reposo? No, no es mi salud, me siento más fuerte que nunca, sólo cansada, mortalmente cansada de representar siempre la misma farsa... A vos te gusta el campo, a mí también. ¿Te sorprende lo que te digo? ¡Y, sin embargo es la pura verdad! No te olvides que nací en la estancia de papá... Esto te debe explicar mi actual resolución. Mi vida ha hecho crisis. Ahora me dejo guiar por mi natural inclinación por la vida tranquila del campo... Verás qué bien, qué contenta me hallaré en la estancia. ¿Por qué no viniste a saludarme? No sabía nada de tu llegada. Me desperté con la idea de partir inmediatamente para la estancia... cuando daba las órdenes a la mucama me enteré de la buena noticia...— dice Ernestina con voz conmovida interrumpiéndose por momentos para refrenar la vehemencia de la sinceridad que impulsa sus palabras y manteniendo sus ojos brillantes y ansiosos fijos en la mirada del marido. Enmudece viendo aparecer sobre los labios de Federico una sonrisa un tanto enigmática aunque no desprovista de dulzura.

—¿Estás segura de no equivocarte respecto a ese sentimiento que tratas de explicarme?— interrumpe tiernamente sin abandonar empero su aire de afectuosa serenidad.

La joven ha desviado los ojos. Sus pupilas se dilatan, un leve rubor le invade el rostro. Parece que se sintiera presa de asombro y de confusión al ver algo que atrae poderosamente su mirada.

—Quiero que conozcas a mi brillante colaborador el ingeniero Augusto Escobar Echagüe, que ha tenido la inmejorable idea de tomar a su cargo la administración de nuestra estancia...

Oye decir a su marido que reparando a su vez la presencia del recién llegado lo acoge con muestras de franca simpatía.

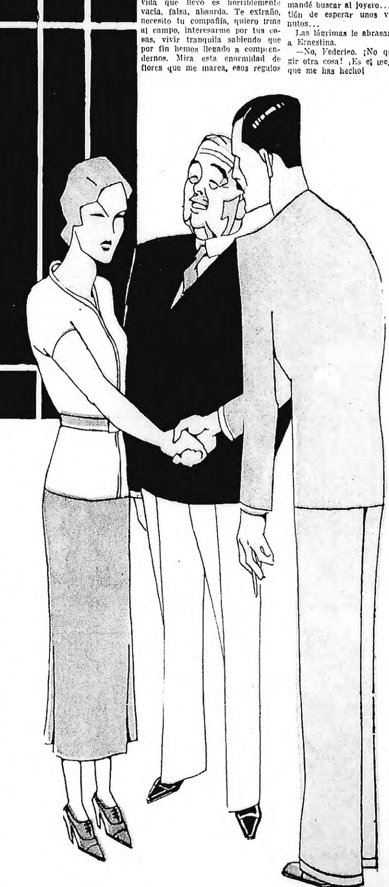
Pero Ernestina no consigue recordar ni una de tantas palabras de bienvenida que componen su vasto repertorio. Se siente como extraviada en medio de la invencible timidez que, invadiéndola le impide asumir su rol de dueña de casa. ¿Qué se ha hecho de su fácil cordialidad de señora de gran mundo? Está consciente del efecto que debe producir su silencio, ve la sonrisa que asoma a la mirada de su marido... No obstante, hay algo en ella que no le permite reaccionar. Pasivamente abandona su mano en la respetuosa presión del ingeniero y, refugiada en su inacción, piensa que es la primera vez de su vida que no encuentra nada que decir a un gallardo joven, que ha sido invitado a su casa. Aprovecha la primera oportunidad para dedicar todo su interés a un florido centro de mesa. La preocupa la idea de que el ingeniero ha oído lo que ella decía a Federico. Recuerda que el mayordomo la observaba tranquilamente con sus serios, inteligentes ojos...

Se estremece cuando su marido viene a tomarla cariñosamente del brazo.

—Hijita, si no te gusta el anillo, podemos elegir otra cosa. Ya mandé buscar al joyero... es cuestión de esperar unos veinte minutos...

Las lágrimas le abrasan los ojos a Ernestina.

—No, Federico. ¡No quiero elegir otra cosa! ¡Es el mejor regalo que me has hecho!





Los Ganadores de Mañana

LA AVENTURA DEL CARRERISTA QUE TUVO EN SUS MANOS UN DIARIO CON LOS GANADORES DEL DIA SIGUIENTE.

MARTIN "Knocker" Thompson era difícilmente un caballero. Había sido empresario de dudosos matches de box y de partidos (amistosos) de poker, que ya no dejaban la menor duda. Carecía de imaginación, pero no de viveza y de cierta habilidad. Su galera, sus polainas y la herradura de oro de su corbata podían haber sido más charras, pero estaba tratando de despistar.

No siempre iba a favorecerlo la suerte, pero el hombre se defendía. La explicación no era difícil: "Por cada otario que se muere, nacen diez más".

Sin embargo, la tarde que se encontró con el viejo, andaba cortado. Knocker había dedicado la siesta a una conferencia sobre finanzas en un hotel. Las opiniones abundantemente emitidas por sus dos socios no lo molestaban en absoluto, pero sí el hecho de que le retiraran su crédito.

Dobló por Whitcomb y se dirigió a Charing Cross. El enojo acentuaba la fealdad normal de su cara, y el resultado general inquietó a las pocas personas que lo miraron.

A las ocho horas, la calle Whitcomb no está muy concurrida, y no había nadie cerca de los dos cuando el viejo le habló. Estaba acurrucado en un portón cerca de Pall Mall, y Knocker no podía verlo bien.

—¡Hola, Knocker! — gritó.

Knocker se dió vuelta.

En la oscuridad descifró la vaga figura, sin otro rasgo memorable que una barba blanca desmesurada.

—¡Hola! — respondió desconfiadamente. (Su memoria le estaba asegurando que él no conocía esa barba).

—Hace frío... — dijo el viejo.

—¿Qué quiere? — dijo Thompson con sequedad. ¿Quién es usted?

—Soy un viejo, Knocker.

—Si eso es todo lo que me quiere decir...

—Es casi todo. ¿Quiere comprarme un diario? Le aseguro que no es como los demás.

—No entiendo. ¿Qué no es como los demás?

—Es el "Eco" de mañana a la noche — dijo el viejo calmosamente.

—Usted debe estar marcado, amigo: eso es lo que le pasa. Mire, los tiempos no son buenos, pero aquí tiene un peso, ¡y que le traiga suerte!... Sinvergüenza o no, Thompson tenía la generosidad natural de los que viven precariamente.

—¡Suerte! — El viejo se rió con una dulzura que crispó los nervios de Knocker.

—Mire, — dijo otra vez, consciente de algo inverisímil y raro en la vaga figura del portón. — ¿Qué juego es éste?

—El juego más antiguo del mundo, Knocker.

—Dele un descansito, a mi nombre, hágame el favor.

—¿Lo avergüenza su nombre?

—No, — dijo Knocker con firmeza. —Dígame de una vez lo que quiere. Estoy harto de perder tiempo.

—Váyase entonces, Knocker.

—Pero, ¿qué quiere usted? — insistió Knocker, extrañamente inquieto.

—Nada. ¿No quiere llevarse este diario? En el mundo no hay otro igual. Ni habrá, por veinticuatro horas.

—Claro. Si recién mañana aparece — dijo Knocker con sorna.

—Tiene los ganadores de mañana — dijo el otro con sencillez.

—Está mintiendo.

—Fíjese usted mismo. Ahí los tiene.

Un diario salió de la oscuridad y los dedos de Knocker lo aceptaron, casi con miedo. Una carcajada retumbó en el portón, y Knocker se quedó solo.

Sintió incómodamente el latir de su corazón, pero siguió hasta una vidriera con luz que le permitió ver el diario.

"Jueves 29 de julio de 1926", leyó.

Pensó un rato. Hoy era miércoles, tenía la seguridad. Sacó del bolsillo una agenda y la consultó. Era miércoles 28 de julio, último día de carreras en Kempton. No cabía duda.

Miró otra vez la fecha: Julio 29, 1926. Buscó instintivamente la última página — la página de las carreras.

Se encontró con los cinco ganadores en el hipódromo de Gatwick. Se pasó la mano por la frente: estaba húmeda de sudor.

—Hay una trampa en esto, — dijo en voz alta y volvió a examinar la fecha del diario. Estaba repetida en cada página, clara y patente. Examinó después la fecha del año, pero también el seis era perfectamente normal.

Miró con apuro la primera página. Había un encabezamiento de ocho columnas sobre la huelga. Eso no podía corresponder al año pasado. Volvió en seguida a las carreras. El ganador de la primera era Inkerman —y Knocker había resuelto jugarle a Clip. Notó que los transeuntes lo miraban con curiosidad. Se metió el diario en el bolsillo y siguió. Nunca había precisado tanto un poco de alcohol. Entró en un bar cerca de la estación, que felizmente estaba vacío. Después de tomar una copa sacó el diario. Sí, Inkerman había ganado la primera y había pagado seis a uno. (Knocker hizo ciertos cálculos apurados pero satisfactorios). Salmón había ganado la segunda; era lo que él siempre había dicho. Bala Perdida — ¿quién demonios iba a pensarlo? — había ganado la tercera, la grande. ¡Y por siete cuerpos! Knocker se humedeció los labios resecos. No había ninguna mistificación. Conocía muy bien los caballos que correrían en Gatwick, y ahí estaban los ganadores.

Hoy ya era tarde. Le mejor sería ir mañana a Gatwick y allí mismo apostar.

Tomó otra copa... y otra. Gradualmente, en la cordial atmósfera del bar, su inquietud lo dejó. Ahora el asunto le parecía uno de tantos. A su mente trastornada por el alcohol acudió el recuerdo de un film, que le había gustado muchísimo. Había un brujo hindú en ese film, con una barba blanca, una desmesurada barba blanca, igual a la del viejo. El brujo había hecho las cosas más increíbles... en la pantalla. Knocker estaba seguro que no se trataba de una mistificación. El viejo no le había pedido plata, ni siquiera había tomado el peso que Knocker le ofreció.

Knocker pidió otro whisky y lo convidó al barman.

—¿Tiene algún dato para mañana? — éste le preguntó. (Lo conocía de vista y de fama).

Knocker vaciló. Sí, — dijo luego —. Salmón en la segunda carrera.

Knocker se tambaleaba un poco al salir. El médico le había prohibido el alcohol, pero en una noche como esa...

Al día siguiente tomó el tren para Gatwick. Siempre le había traído suerte ese hipódromo, pero hoy no se trataba de suerte. Hizo las primeras apuestas con cierta moderación, pero la victoria de Inkerman lo convenció. ¡El caballo y la boleteada! Ya no le quedaban dudas. Salmón, el favorito, ganó la segunda carrera.

En la carrera principal casi nadie le jugó a Bala Perdida. No estaba en forma y no había porqué. Knocker repartió las apuestas. Veinte aquí, veinte allá. Diez minutos antes de la carrera mandó un telegrama a una oficina del West End. Había resuelto ganar una fortuna. Y la ganó.

Esa carrera no tuvo emoción para Knocker. El ya sabía el resultado. Sus bolsillos estaban repletos de plata, y eso no era nada comparado con lo que iba a cosechar en el West End. Pidió una botella de champagne y la bebió a la salud del viejo de la barba blanca. Media hora tuvo que esperar el tren. Estaba lleno de carreristas, a quienes tampoco les interesaba la carrera final. A Knocker los días de suerte lo solían poner muy conversador, pero esa tarde estaba callado. No se podía desentender del viejo del portón. No tanto del aspecto y de la barba, sino de la carcajada final.

El diario estaba siempre en su bolsillo: tuvo un impulso y lo sacó. Fuera de las carreras, no le interesaban otras noticias. Lo hojeó; era un diario como los demás. Resolvió comprar otro en la estación para ver si el viejo no había mentido.

De pronto su mirada se detuvo; un suelto le llamó la atención. "Muerte en un tren" se titulaba. El corazón de Knocker estaba agitadísimo, pero él siguió leyendo. "El conocido deportista señor Martín Thompson falleció esta tarde en el tren al volver de Gatwick".

No leyó más; el diario se le cayó de las manos. Fíjese en Knocker — alguien dijo —. Debe estar enfermo. Knocker respiraba pesadamente, con dificultad.

—Paren... paren el tren. — balbuceó, y buscó la campana de alarma.

—Quieto amigo, — dijo uno de los pasajeros agarrándolo del brazo —. Siéntese, no hay porqué tirar la manija...

Se sentó, más bien se dejó caer en el asiento. La cabeza se inclinó sobre el pecho.

Le metieron whisky entre los labios pero era inútil.

—Está muerto, — dijo la espantada voz del hombre que lo sostenía.

Nadie prestó atención al diario en el suelo. El barullo le había empujado bajo el asiento, y no es posible decir dónde fué a parar. Tal vez lo barrieron los guardas en la estación.

Tal ve.

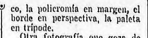
Nadie sabe.

POR

HOLLOWAY HORN

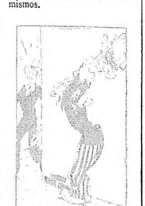
ILUSTRACION DE PARPAGNOLI

Museo de la Confusión



CON el objeto de ilustrarme sobre actividades que se desarrollan al borde del micrófono, a la orilla del pentodo y al margen de la antena, adquirí con fecha 2 de julio una adecuada revista titulada La Canción Moderna. A la noble misión difusora de las letras de tangos, fox-trots, vidalitas, himnos, milongas, rapsodias, minuets, vercenses, souvenires y demás momentos musicales, esta publicación agrega una lodable inquietud por resolver todos los problemas relacionados con la radiotelefonía. Para dar una idea hasta dónde llegan sus nerviosismos, contracciones, sacudimientos y temblores en pro del mejoramiento de las audiciones, transcribo el siguiente artículo que ocupa un sitio de honor en la primera página de la edición correspondiente al 2 de julio. Aquí está:

Es lamentable que la publicidad radiotelefónica, en la cual se invierten ingentes capitales, no esté muchas veces a tono con el programa artístico que se irradia, resultando directamente perjudicados los mismos anunciadores que ven en esa forma disminuídos los posibles resultados efectivos de sus anuncios, por exclusiva culpa de ellos mismos en la mayoría de los casos. No es difícil, ya que lo hemos constatado infinidad de veces, escuchar por radio un número humorístico deficiente, un mal cantor, o una mala cancionista, que para el caso da lo mismo que fueran buenos, y escuchar seguidamente al locutor un aviso de un producto de lujo, casi siempre fuera del alcance adquisitivo del oyente. O sino, anunciar una marca de cigarrillos de diez centavos en una audición de música clásica. Esto, que a simple vista parece más bien una broma, es, desgraciadamente, un hecho serio, y lo que es más corriente en nuestras broadcastings. ¿Se darán cuenta los señores avisadores que deben unificar el programa de lo que se irradia con el producto que se anuncia? Queremos creer que sí, ya que no es en beneficio de nadie sino de ellos mismos.





Es indudable que esta cuestión planteada por el papiro cancionero es sumamente compleja y no se puede abarcar con un solo golpe de vista. ¿Quién se animaría a afirmar en realidad qué especie de aviso o propaganda o qué producto debe recomendarse después de la transmisión del arroró de una conferencia de García Sanchiz o de una carta pastoral? ¿Qué tango de Cadícamo corresponde a tal especie de pelícano o qué troika y barba debe adquirirse al finiquitar la canción de Ojos Negros o Sonia? Estoy con el artículo en lo referente a la inconveniencia de recomendar aves fénix, becerros de oro, bueyes de almizcle, carabelas, trirremes, caballos de Troya de uso interno, obeliscos, catapultas, etc., después de cualquier clase de audición, ya sea mala o detestable. Sobre lo de anunciar nicotina después de una partitura de Puccini o Toscanini o dedicarse con entusiasmo a recomendar la pizza después de un pizzicato, no creo que reporte ningún inconveniente y hasta creo que es lo adecuado. Sino que lo digan Filiberto y cualquiera de sus discépolos que con seguridad no despreciarían el menú nombrado ni la humareda, ya corresponda esta última a una miserable tagarnina o a una opípara pipa.

★

En otras zonas más calmadas de la revista, explicando cierto grupo musicorde, hallé lo que sigue:

El conjunto hawaiano California, retratados sobre un fondo adecuado que sirve de marco para que el lucimiento de sus componentes sea más completo.

No creo que el lucimiento vaya a ser muy completo, si el fondo se les transforma en marco, la policromía en margen, el borde en perspectiva, la paleta en trípode.

Otra fotografía que goza de un hábil comentario es la perteneciente a cierta timbrada cantatriz petenera que circula con el nombre de Nita. Es el siguiente:

Nita Grey, excelente cancionista internacional de "La Hora Española" que se propala por L. V. 3 Radio Buenos Aires-Córdoba. Canta con igual facilidad un tango, como el suave "catarí" o el "good save to kir" de los ingleses.

Dudo que le vaya a resultar tan fácil a la señorita Grey cantar el catarí o el good save to kir de los ingleses como manifiesta el comentarista. Si se tratara todavía de cantar core'ingrato o God save the king, quizá, pero en cualquier forma sería una irreverencia llenar La Hora Española de tallarines y roast beef en desmedro de la paella, el traje de luces, las castañuelas y el servicio doméstico.

★

En La Novela Semanal correspondiente al 2 de julio y en cierto Noticiario Elegante de que es poseedora, hallé una interesante silueta. Hela cuí:

Ella es una joven de gran distinción y marcada personalidad, y como rasgo sobresaliente podemos decir que es extraordinariamente afecta a la lectura. Su nombre es Delia y su apellido, compuesto, comienza con la contracción del 7; ambos llevan por inicial la letra C.

¿La contracción del 7 y todavía complicada con una doble c? Me parece imposible, pero ya que hay que opinar, diré que todos los sietes que yo conozco comienzan con s y evitan el ceceo.





En Para Tí del 3 de julio, hizo acto de presencia un poema bautizado Soledad y del que es autor el liróforo Federico Balart. Comienza así:

Cuando abatido dejo mi casa,
y al campo salgo, triste y sombrío,
tal vez me quedo mirando al río,
tal vez me quedo mirando al mar;

¿El señor Federico Balart será solamente un macaneador o será un buzo con delirio de persecuciones? Porque esto de salir a balart al campo y tropezar con camalotes, patos almeja, ombúes, marineros de agua dulce, madréporas y bancos de coral, me parece poco probable. Además me resulta una falta de consideración del poeta el no puntualizar qué era lo que realmente se quedaba mirando, si el río, el mar, un cuentagotas, una canilla de agua caliente, una lágrima, un sifón o una piscina. Inconvenientes de nacer bajo el signo fatídico de Acuario o de Estuario.

★

Cierto Gráfico Noticioso del 29 de junio, con motivo de la llegada del Graf Zeppelín, se mandó a varias columnas un Willkommen y un Bienvenido. Dentro de la columnata correspondiente a esto último me sorprendió una audaz metáfora aerostática que puede figurar sin menoscabo junto a todas las otras dedicadas al dirigible, a saber: cigarro, salchicha, nube pan flauta aéreo, etc. Decía lo siguiente:

Sentimos el honor inusitado de la visita. Ha venido Alemania, representada en su nave típica, en ese "Zeppelín" que es la bandera inflada a gas de su ciencia.

No admito en ninguna forma que la ciencia por más swástica que sea, se dedique a perder el tiempo inflando banderas con gas, colocándole acetileno a una escarapela, gas-oil a un gallardete o rodeando de gasterópodos estandartes, emblemas e insignias idolatradas por que a lo sumo estos artefactos después de tantas transformaciones apenas serían utilizables como pelotas de football, bolsas de goma, salvavidas o neumáticos, desvirtuándose así su verdadera finalidad.

POR

ANIMULA VAGULA

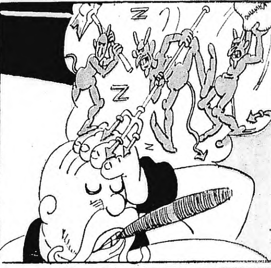
DIBUJOS DE RODRIGUEZ

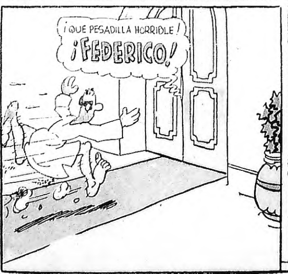
El Nuevo Rico ★ por H. Rodríguez

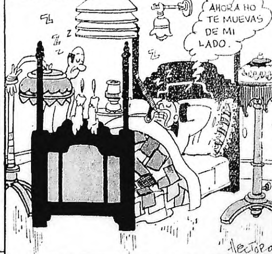


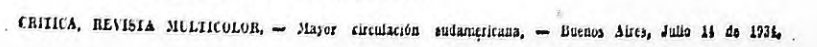












Los breves días de Shelley

"JURO ser justo y libre. Juro no hacerme cómplice, ni por el silencio, de los egoístas y de los poderosos. Juro consagrar mi vida a la belleza". Tal fué la fórmula decidida que se expresó a sí mismo el escolar Percy Bysshe Shelley en un acceso de soledad, lejos de los alfilerazos de sus compañeros, escollos vivientes de sus sueños líricos. ¿Se puede en verdad consagrar toda una vida al culto de la belleza, tan exigente como es? ¿Necesitará ser breve aquella vida para no claudicar? Nuestro poeta contó hasta treinta los años que se suman exclusivamente para uno. ¿Y desapareció antes de tiempo quien cursó por vocación insigne todas las ramas de la poesía? ¿Aquel número de años vividos no separa la juventud de la época en que el individuo se ve obligado a totalizarse como hombre a causa de la exigencia cruda de las circunstancias? Vivió lo suficiente. Todos vivimos lo necesario. No hay escritor malogrado: esta palabra es eufemismo que se emplea para dorar vidas breves que evitaron la certificación del fracaso por cortarse a tiempo.

Tampoco hay en los casos de aprovechamiento rotundo de la existencia vidas breves. Porque la vida de Shelley equivale a otra doblada en años más de lentísimo éxito. Para la vida no cuentan los números fríos, cantidades siempre y no cualidades. Hay vidas breves, largas en alguna dimensión. Lo que me parece más incuestionable es la distinta duración de los días (y aún desde el punto de vista astronómico hay razón en hablar así): creo en las vidas de los días breves (y en las de dilatados días). De este modo somos más exactos ante el panorama de una vida admirable y más piadosos. Que un hombre de corazón ardiente, arrebatado, vive mucho en un día de su existencia no convence, porque sería hacer a tal hombre eminentemente práctico: ¿y lo son los poetas? ¿Cuántas horas no perdió el artista para su logro interior o para la misma obra? En una hora determinada le faltó un minuto para llegar a su destino del momento y por no llegar se perdió esa hora; el día a que corresponde tal hora resulta más breve que otros sin tal inconveniente. Como a la imaginación se la espera en ocasiones sin que llegue en todo el día, éste no sólo fué breve, sino que no existió para el artista o poeta puro. ¿Cómo lo contará si le ha sido exagerado vivirlo, sufrirlo? Shelley quizá haya desaparecido contando mucho menos de treinta años válidos para el Shelley inconfundible: somos malos agrimensores de las tierras del tiempo.

Hay un suceso muy importante en la vida del gran lírico que éste no supo interpretar o no lo aprovechó. Shelley tiene ingerencia en la abreviación de la vida de Fanny Jurlay. Esta muchacha, hija adoptiva de los esposos Godwin, secretamente enamorada del poeta, no logró hacerle saber su pasión, pese a las cartas tiernas pero tímidas que le enviaba a Ginebra, donde aquél residía con las hermanas de ella, Mary y Clara, a consecuencia de una fuga. Tales cartas no fueron comprendidas de ninguno de los tres y sólo tuvo la discreta enamorada un reloj en cambio, obsequio de Shelley y Mary. Vueltos a Londres la vieron triste y quejosa de su soledad, y en Bath se renovó la llegada de las cartas siempre amables de Fanny; pero en otra de Bristol se leía: "Salgo para un lugar de donde espero no volver". Efectivamente, en el cuarto de una posada de Swansea apareció una mañana su cadáver y una carta de la que resultó suicida: había acudido para el engañador alivio a una cantidad de láudano. La señora Godwin propaló que se había suicidado por aquel amor sin confesión, aunque en la carta se quejaba nada más que de su existencia enojosa. Después de abandonar a su primera mujer, Harriet Westbrook, el poeta quizá hizo concebir esperanzas sin pensarlo a la niña que, entre otras, trató en busca de satisfacciones sentimentales. Mucho lo afectó el suceso y se decía: "Cuántos sufrimientos pueden causarse sin quererlo. Cómo se puede pasar al lado de afectos profundos sin sospechar siquiera su presencia".

El hecho es que esta pasión suscitada, aunque más no fuera por el trato del poeta, hizo abreviar una vida de muchacha muy sensible. Pero no fué advertencia para el mismo.

Sin embargo, otro es el suceso más trascendente para su existencia por su significado. Este; también Harriet, su mujer, se suicidó, y de modo más terrible: el deceso fué por asfixia: un certificado decía: "encontrada ahogada"... Y eso, con pocos detalles más que hacían pensar en una vida irregular luego del abandono que él hizo de ella. Shelley se interrogaba acerca de la responsabilidad que le pertenecía por lo sucedido y apartábase horrorizado y con energía de atribuirse alguna: "Hice lo que debía. Cuando la abandoné ya no nos amábamos"... etc. Y pedía a sus amigos que le repitieran que no podía sacrificar su vida a una mujer mediocre, cosa que ya él se adelantaba en sus escrúpulos de conciencia. (¡Y cuánto se imaginó aquella cabeza rubia con los estigmas de color y aspecto siempre repulsivos de los ahogados!).

Este episodio no le sirvió para aclarar en nada su porvenir. Era una señal más terminante y urgente. Y no la aprovechó.

Todavía hay más. Y de su pluma. Pero no vió nunca nada fuera del significado estricto en sus propias palabras. En las propias palabras de su propios versos.

En todas las antologías se incluye una composición que, traducida, es la siguiente: "La mar del tiempo" y que dice:

> Mar sin fondo del tiempo, olas los años,
> Dieron la sal las lágrimas de penas,
> Cuyas mareas miden lo mortal,
> Es la mar que de víctimas se cansa,
> Precipita despojos a la playa
> Y rugiendo sin tregua pide más.
> Traidora en placidez
> Y en la ira espantable
> ¿Quién sin temblar se puede a tí entregar?"

Esto, más o menos sujeto al inglés original, escribió el poeta. Y con todo no le fué bastante.

No le bastó una vida abreviada voluntariamente. No le bastó que apareciera ahogada su primera mujer. Ya con ser más, Y en fin, no le bastó lo que más debió leer claro: su propia poesía sobre el mar. ¿Hubo ceguera? ¿Respecto de sí mismos cuál es el valor de profecía que tienen los poetas vinculados por tradición con los videntes ?... En Pisa ya estaban en sublime compañía los amigos Byron y Shelley. Y en Génova el capitán Roberto construye para el poeta, y un amigo del mismo, Williams, un barco que se bautizó antes de tiempo con el nombre de "Don Juan", en honor del lord poeta. El que a su turno ordenó otra embarcación, el "Bolívar", de mayor calado. Necesitándose un alojamiento apropiado a orillas del mar se encontró solamente una casa grande, "Casa Magni", con una terraza a donde llegaba el agua encrespada y desde la cual se dominaba el golfo de Spezzia. Fallecida Allegra, la hija de Byron, Shelley escribió al capitán Roberto para que substituyera el nombre de "Don Juan" por el de "Ariel", a raíz de la enemistad que naciera contra Cyron. Pero el yate llegó ostentando las letras repudiadas y como no se consiguiera por ningún medio borrarlas, hubo que recortar la vela y coserla de nuevo. El capitán genovés que llev el navío afirmó que era muy bueno y veloz, aunque de manejo algo difícil con el mal tiempo. Williams y Shelley, sin verdadera competencia, habían hecho construir un yate estrambótico y elegante y eran necesarias dos toneladas de plomo para equilibrarlo.

Los dueños del "Ariel" decidieron embarcarse solos, aparte de un grumete. Williams había servido tres años en la marina; pero Shelley era torpe, enredábase en las cuerdas, leía a Sófocles prendido de la barra y peligraba a cada instante de ser tumbado a bordo. Sin embargo era dichoso como nunca. Hubo el consejo de buscar un buen marino conocedor de la bahía. Para abordar en la playa de "Casa Magni" el gran calado del barco impuso usar una pequeña canoa para llegar en ella a la orilla, canoa muy frágil que se balanceaba al menor impulso y fué el juguete habitual de Shelley que oscilaba sobre las olas echado en ella. Y llevó un día a la señora Williams con sus dos hijos menores a un sitio peligroso y allí dijo: "Vamos a resolver juntos el gran misterio". Cualquier movimiento de los niños hubiera tumbado la débil cáscara.

Un mediodía de julio amenazaba la tempestad al puerto de Livorno, donde a bordo del "Ariel" estaban los dos propietarios y el grumete; pero Williams, decidido a salir porque tenía prisa, afirmó que en siete horas llegarían a destino. Partieron y un marino que era experto comentaba que se iban muy arrimados a la costa y que debían haber salido antes, a más que la corriente podía ser un obstáculo. ¿Pero el nombre de "Ariel" qué significaba? El pueblo de los moabitas, que habitaba en la parte de la Arabia Pétrea situada al Este del Mar Muerto, tenía entre sus ídolos a uno que denominaban Ariel; pero este nombre pasó a ser el de un ángel y ángel malo, para peor... Shakespeare, después, le dió empleo inmortal en la "Tempestad". ¿Se iría a encontrar el poeta Shelley entre una tempestad y un ángel? Pues la tormenta avanzaba contra el barco, que fué ocultado por las nubes a tiempo que el viento furioso y las olas altísimas, hermanos de la violencia, azotaban el puerto asombrado... Pocas horas más tarde alguien no dejaría de escudriñar con los catalejos el mar despejado, porque hay constancia de que estaba tan despejado el mar que no había en su extensión un solo barco...

¿Se habría cumplido para Shelley el destino que parecieron anunciarle tres signos de su vida y que no atendió? En la playa de Viareggio, días después fué encontrada una canoa pequeña y a más un tonel: y aquélla era, precisamente, la diminuta canoa del "Ariel" (¿probado entonces el ángel malo?), la canoa-juguete del niño-grande Shelley...

Y a la semana siguiente un cuerpo desconocido había sido arrojado a la misma playa de expectación. Era un cadáver de horrible aspecto: ¿peor que el de la mujer del poeta?... Sí, por estar destrozado por los peces en las partes no cubiertas por el vestido... ¡Ah! y en un bolsillo apareció un ejemplar del trágico griego que buscó el principio de la acción en la voluntad humana, Sófocles; y en otro bolsillo un ejemplar de las poesías del poeta Keats... ¡De poeta se trataba!...

También aparecieron los cuerpos de Williams y del marino, que fueron sepultados en la playa.

Al día siguiente de exhumado el cuerpo de Williams le tocó su vez a Shelley, enterrado en la arena entre el mar y un bosque de pinos. Estaba Byron para presidir una antigua ceremonia griega, la incineración del cuerpo ¿sugerida por un amigo? Y los niños de la región habían concurrido en gran cantidad. Y cerca se alzaban "los pinos de Italia", de que habla Darío; pero los pinos le debían a Shelley este verso en que dice:

> "Enlázase a los pinos la guirnalda"...

Y la guirnalda es una corona abierta de flores...

Les fué difícil a los soldados que cavaban dar con el cuerpo. Pero bruscamente un pico produjo un breve grito metálico al dar contra el cráneo privilegiado: así le habrá parecido a Bayron que pensaba en la elegancia con que Shelley atravesaba los salones de fiesta. El cuerpo había sido casi calcinado por la cal que lo revestía. Luego, sobre la llama oportuna se derramó aceite, incienso y sal (el poeta dos veces probó la sal que entra en el bautismo) y se prodigó el vino. Tras unas horas en esa hoguera extraordinaria permanecía poco menos que intacto el corazón, islote de dulzura en ese mar de fuego, y entonces un amigo lo rescató en sus manos y recogió las cenizas y los huesos para meterlos en una urna de encina... ¿Pero la incineración se hizo por las disposiciones sanitarias que vedaban el transporte de un cadáver arrojado por el mar, o fué el mismo Shelley el que la había pedido oportunamente?... Parece que Mary, la segunda mujer, quería enterrarlo en el cementerio de Berna, que gustábale al poeta por su belleza. ¡Y aun se conserva el corazón del gran lírico guardado donde hay una inscripción que decreta en dos palabras: "Cor cordium", ser el corazón de los corazones!

★

Y es como si hubiera sido larga la muerte de Shelley, el de los breves días: primero fué asfixiado por el agua, una lucha; después fué reducido por el fuego, un tormento, y finalmente fué guardado en la urna, una sombra.

POR

BENJAMIN BELTRAN

ILUSTRACION DE GUIDA

Los Caballos Gloriosos

LA característica sobresaliente del progreso, ha sido siempre la rapidez y ésta, en cierto lapso de la vida de la humanidad, dependió en gran parte del caballo. Luego, a él se debe también gran parte del progreso actual. En efecto, ningún animal tan valioso para el hombre como el caballo. En realidad, fué el precursor vivo del motor, abrevió distancias y arrastró grandes pesos, acostumbrando tanto a su amo a la velocidad que, la suya le pareció poca y trató de aumentarla, lográndolo en la forma conocida.

Alburak y Bucéfalo

Tanto en la paz como en la guerra, el hombre se sirvió del caballo, convirtiéndolo en un poderoso factor de éxito en su destino. Fué más utilizado para las campañas militares que para las tareas propias de los tiempos de paz, para las cuales se ocupaba a otras especies de animales. Así llegó a ser el compañero, la salvación, el arma más rápida y poderosa de los hombres de la antigüedad. Lo montó lo mismo el general que el profeta. Mahoma nos ha legado el nombre de su caballo Alburak, que lo llevó al séptimo cielo: era un equino blanco, con alas de águila, cara humana, y mandíbulas de caballo. Tenía un paso tan veloz y largo como nuestra mirada, vale decir que iba de horizonte a horizonte.

Bucéfalo fué domado por Alejandro. Sólo por él se dejaba montar, claro está que doblando las rodillas como homenaje a tan gran rey, el cual lo amó entrañablemente, al punto de que cuando los Uxos se lo tomaron prisionero, Alejandro expresó que sino se lo entregaban inmediatamente, llevaría una guerra de exterminio total sobre aquella nación. Ante semejante amenaza Bucéfalo volvió a su poder. En todo momento pagó esa inclinación de su amo con su empuje en los combates y su docilidad en obedecer a Alejandro. Su adhesión fué tan leal que, siendo herido en la batalla de Hidaspe y pese a que Alejandro lo impulsaba hacia lo más recio de la pelea, le desobedeció por primera y última vez, llevándolo a un lugar apartado y fuera de todo peligro, en donde arrodillándose, invitó al rey a desmontar. Luego se incorporó, se sacudió fieramente, lanzó un relincho y cayó muerto.

Su dueño fundó en ese sitio la ciudad de Bucéfalo, después Jhelum.

Incitatus

Incitatus, caballo de Calígula, era invitado a comer por su amo, en su misma mesa y a participar de sus festines. Se le servía maíz dorado, bebía vino en gran cráter de oro y su pesebre era también de oro y otros minerales preciosos. Este animal llegó a ser cónsul romano, y su cuidado y atención constantes costaron lágrimas y sangre. Por eso su recuerdo es poco grato. Además su nombre está ligado de tal modo al de su dueño, hombre bajo y depravado, que se nos ha hecho antipático, pero los animales no tienen la culpa de lo que han vivido, sino los hombres que los han sacado del ritmo natural de su existencia.

Babieca y Rocinante

España, grande por los cuatro costados, cuenta con muchos caballos famosos que merecieron los honores del romance y de la historia, pero ninguno de ellos como Babieca y Rocinante. Este último vivió en la ficción, en el libro de Cervantes, pero ha llegado a ser tan popular, ha adquirido tanta vida, que debe ser el caballo, entre los creados por la imaginación y los verdaderos, más universalmente conocido. No podía ser de otra manera, pues su sólo nombre costó cuatro días de profundos pensamientos a su amo, el señor Don Quijote, caballero el de más sorprendente facundia de tierras españolas y más célebre también entre todos los caballeros andantes de carne y hueso y los creados por el capricho de la mente humana.

Babieca era de gran alzada, fuerte pero de líneas poco airosas. Ruy Días lo eligió entre muchos caballos de silla y de probada buena calidad que su tío le ofrecía. Este llamó Babieca a Ruy, por la elección que había hecho. Ruy impuso tal nombre al potro. Babieca acompañó al Cid durante muchos años, estuvo con él en episodios excepcionales, sobre todo es de hacer notar el último: condujo el cadáver de Ruy Días, después de doce días de haber muerto. El cadaver del formidable guerrero, perfectamente momificado, fué conducido con su armadura y montado en Babieca, el cual, conducido por dos palafreneros y en medio de una escolta de 600 guerreros armados, de todas las armas, libraron una importante acción. Cayeron sobre 10.000 moros, que se dieron a la fuga al notar la silueta del Cid, y tanto era el pavor que infundía entre ellos, que al huir precipitáronse en el agua. Los restos de Ruy Días fueron conducidos a Cardena, en cuyo monasterio descansan. Cuando murió Babieca también fué enterrado en el portón del mismo convento y se plantaron dos olmos para señalar el sitio.

Malech y Negro Saladín

Inglaterra cuenta también entre sus caballos con varios que llegaron a la celebridad. Roan Barbary de la silla de Ricardo II y White Surrey de la de Ricardo III, merecieron ser nombrados por Shakespeare. Esto nos evita toda otra ponderación.

En la edad media era frecuente que, el señor que mandaba una fuerza, viendo difícil la victoria, diera muerte a su corcel, demostrando con ello que estaba dispuesto a vencer o a dejar la vida en el campo de batalla. El conde de Warwick mató a su caballo Malech en la batalla de Towton. En la batalla de Barnet hizo lo mismo con Negro Saladín, hijo del anterior. Desmontando en medio de ambos bandos que se disputaban la victoria, besó al corcel en la frente, y de los ojos del animal, que bajó dócilmente la cabeza, rodaron lágrimas —al decir de los comentaristas—. El conde desenvainó el puñal de la misericordia. Durante un instante reinó silencio solemne en ambos bandos. Y tapando los ojos del caballo, lo degolló de un tajo. Un gran grito partió de las apretadas filas de caballeros vestidos de hierro.

Decíase entonces en Inglaterra que a la terminación de la sangre de los Malech, dejaría de existir la familia de Warwick. ¿Qué misterio había en el destino de la gran familia mencionada y qué íntima e ignorada relación tenía con la sangre de los Malech? El caso fué que los decires se cumplieron.

Copenhague

Así se llamó el caballo del duque de Willington, y merece capítulo aparte solamente por esto. Lo montó durante 17 horas consecutivas en la batalla de Wellington desmontó, después mal, bravo siempre y con todos los que se le acercaban. Tenía una manía que casi costó la vida al duque: pateaba. Cuando Willington desmontó, después de terminada Waterloo, Copenhague le dirigió una coz que por pocos milímetros no le dió en la cabeza.

Durante los últimos diez años de su vida este famoso caballo inglés no trabajó. Había conquistado sus laureles y se había hecho acreedor al descanso. Desaparecido el duque, la duquesa, su esposa, lo mimaba en extremo, llegando, como señal de cariño hacia el compañero de peligros de su difunto esposo, a hacerse hacer una pulsera con la cerda de la cola de Copenhague.

A su muerte fué enterrado con honores militares en Strathfieldsaye, en Berkshire, levantándose en el sitio de la sepultura un gran monumento recordatorio, en el cual se inscribió el siguiente epitafio: "Aquí descansa el corcel que montaba el duque de Wellington, durante el día entero de la batalla de Waterloo. Nació en 1808. Murió en 1836. El instrumento más humilde de Dios y de cieno más vil, compartió la honra de ese día de gloria".

Vonolel

Este caballo perteneció a Lord Roberts, quien lo compró a un comerciante de caballos en Bombay, cuando tenía la edad de cuatro años, es decir, todo un caballo. Era tordillo, de raza árabe. Lord Roberts hizo en él la campaña guerrera en la India de 1878 a 1880, montando durante la toma de Kabul y en otros muchos momentos importantes de su vida, hasta que murió sobre su cuello. Fué el único caballo del imperio británico que disfrutaba la honra de tener permiso para llevar una condecoración que le fué otorgada en virtud de sus importantes servicios prestados a la nación.

Marengo

Napoleón, que podía darse el placer de montar los más ricos caballos, tuvo varios favoritos, pero el más famoso de todos, y el que montaba en las grandes ocasiones era Marengo. Blanco. Arabe. Excepcionalmente bello dentro de su raza de líneas elegantes, era fuerte, manso y de segura acción. Lo adquirió en Egipto en el año 1779, montándolo después de Abukir. Austerlitz, Jena, Wagrán, vieron la silueta del más grande genio militar, sobre el sereno y poderoso Marengo. Pero no sólo debía compartir Marengo, las victorias de su regio caballero, también tuvo la gloria de llevarlo en las batallas que abatieron su poderío soberbio, haciendo toda la campaña de Rusia y conduciéndolo en Waterloo. En muchas ocasiones fué herido, sobre todo en la última acción mencionada, pero la suerte no quiso que cayera para siempre en el campo de batalla.

Santiago Ward, célebre pintor de animales, hizo su retrato pacientemente, obligándolo a posar con todas las consideraciones del caso. La tela se considera una de las más grandes obras del difícil arte de pintar animales.

Cuando murió, su esqueleto fué llevado a la Institución de Servicios Reales de Inglaterra, en donde pronto fué despojado de sus dos vasos delanteros, uno de los cuales se ignora el fin que haya tenido, y con el otro se hizo una caja de rapé, que fué regalada a la Brigada de Guardias Reales y luego se conservó en el cuarto de guardia del Palacio de Saint James. Rodeando la caja, había una cinta de plata con una inscripción que decía: "Marengo fué herido en la batalla de Waterloo, mientras lo montaba su gran amo en el pasaje delante de las posiciones francesas. Había sido herido antes frecuentemente en otras batallas".

POR

PATRICK LYNCH

La Última Bala

ESTO aconteció en los alrededores de la sección 2a., en el barrio de la Cañada, que más bien le dicen del Sapo. De ese lado se pone el sol. Luego de alumbrar las calles del centro, las casas de familia y los orondos edificios públicos que hay alrededor de la plaza, la luz del día tiene que morir en ese barrio chúcaro. Las casas, en el barrio del Sapo están como desparramadas. Hay un arroyo de lo más extremista, que vacila entre la sequía y la inundación. Hay unas vereditas altas muy desparejas. Hay perros sueltos que reclaman el cascotazo. Hay sauces, charcos, hornos de ladrillos, herrerías y vastos corralones. Hay alguna casa de mala vida, con una ventanita donde palpan de armas al cliente, y un enorme patio de tierra, con variadas gallinas picoteadoras y un gallo compadrón. Hay el concurrido almacén del vasco Letamendi. Ahora lo han rebocado (hablo del almacén) y creo que se llama El Emporio, pero en los días de mi historia se le podían contar los ladrillos y le decían La Paloma. Junto al despacho de bebidas hay una pieza grande con una mesa larga en el medio, hecha como de encargo para jugar al monte o al truco, que es lo que sucede todas las noches. En las paredes, en la puerta que da al boliche y en el marco de una ventana, hay todavía cinco orificios. El puntual investigador que no dé con todos puede pedir que Letamendi le muestre el preciso lugar, pero le advierto que ese tema no es de los preferidos del vasco... Letamendi, créanme, es todavía un hombre fornido.

Entonces (hablo de cuando el Lujanero cayó por Chivilcoy, allá por el 915 o 916) Letamendi era un hombrón a lo toro, de pocas y definitivas palabras, capaz de enormes abstinencias y de enormes orgías. Era esquinado, rubio, macizo, con pinta de alto, aunque su estatura no pasaba de la normal. No era ni creyente ni ateo, lo que quiere decir que el fanatismo típico de los vascos estaba disponible en él. A la mesa larga caían jugadores de toda clase — viajantes, vagos, compadritos, troperos, — así que no faltaban las ocasiones. El lujanero de quien ya les hablé fué de los que inspiraron su ira.

Si éste fuera un cuento inventado, yo sabría por qué se disgustaron esos dos hombres y diría que fué por una mujer (lo que matizaría un poco la ilustración), o por alguna trampa del lujanero, — lo que es más económico y verosímil. Ahora que lo pienso estoy casi absolutamente seguro de que fué esa la razón. No me consta que el lujanero fuera un tahur, pero es un rasgo que completaría bien su silueta. Lo que me cuesta creer es que se dejara pescar...

No sé si se llamaba Suárez o Juárez. Cuando en Chivilcoy se acuerdan del caso (y cada vez que se habla de coraje o de puntería no falta una alusión) lo nombran simplemente El Lujanero o si no Viborita, que fué su primer sobrenombre, aunque ninguno se lo dijo en la cara. Yo desearía que los que van a leer esta anécdota se los imaginaran bien a los personajes, que son Letamendi y el otro. Del vasco ya les dije lo necesario: del Lujanero les diré que era un compadrito a lo víbora, trajeado seriamente de negro, con un chamberguito rabón sobre la melena. Era petizo y por eso y por vanidad iba como empinado en los zapatos, que tenían el taco alto. Era de rasgos achinados y para contrastar perfectamente con su enemigo no le faltaba más que tener el pelo muy negro. Lo tenía rojizo, muy aceitado, con un jopo fatal.

Arribó a Chivilcoy, dicen que disparando de Zárate para no dialogar con el comisario — y con los parientes del muerto. Lo cierto es que visteaba muy bien. Acaso, alguna vez, se le fué la mano.

Al mes de estar en Chivilcoy (y de concurrir muy seguido al almacén del vasco) tuvieron el disgusto los dos. De lo más serio tiene que haber sido el asunto, porque el vasco anduvo diciendo que le había prohibido a ese ladrón que pusiera los pies en su casa y que si trataba de hacerlo lo mataría.

Viborita lo supo y dejó pasar unas noches. Esperó sin apuro la del sábado, que era la de más concurrencia. A eso de las 10 entró al almacén, con el chambergito requintado sobre los ojos. El juego iba a empezar de un momento a otro. Todos lo esperaban a Letamendi, que estaba despachando una caña en el mostrador. En eso (como digo) entró Suárez

Habló con infinita dulzura. Dijo que más de uno le había contado que si ponía los pies en el boliche lo iba a matar el vasco y que él venía a probar si era cierto y si el vasco era un hombre de palabra o una basura. Esas cosas las dijo con suavidad, pero bien fuerte, como para ser oído por todos. La gente olió tormenta y se abrió

El vasco lo escuchó como una montaña. Cobró la caña, devolvió el cambio, y le dijo al provocador que pasara a la pieza contigua: la de la mesa larga y los naipes. (Ni un alma había quedado en ella).

En esa pieza entraron los dos. Letamendi cerró la puerta con llave. La gente se agolpó sobre el tabique, para espiar la pelea.

El vasco fué al cajón del aparador, sacó un revólver Colt y alzó el brazo derecho con gravedad. Suárez no le quitaba los ojos. Estaba agazapado, a la espera del estruendo que iba a cumbarlo, la mano metida en el saco, sobre el cuchillo inútil.

A pocos pasos de distancia Letamendi hizo fuego. Entonces ocurrió el primer milagro. Con una ligereza de indio o de tigre, Suárez había cuerpeado el balazo, saltando a la derecha. Ahora estaba cerca de la ventana. Casi inmediatamente sonó la segunda descarga, también sin resultado.

¡Dos balazos tirados a pulso firme y el Lujanero sin un rasguño! El duelo cambió desde ese momento. Letamendi sintió que sólo las cuatro balas restantes lo separaban del cuchillo de Suárez, del cuchillo que el otro no había sacado y que le rajaría el vientre o el pecho.

¿Cuánto duró aquel duelo? Cuando tocó a su fin todos pensaban que sería la media noche, pero en realidad no alcanzó a los tres cuartos de hora. Suárez aprovechaba la mesa larga para mantener su distancia: tampoco a Letamendi le convenía cerrarla mucho. Los dos se desplazaban con una especie de lentitud ansiosa, los ojos en los ojos.

Con el tiempo las descargas iban raleando.

No me olvidaré del quinto disparo. Previniendo un quite del Lujanero, el hombre del revólver hizo fuego un poco a la derecha: el hombre del cuchillo no se movió.

¡Cinco! dijo alguno en voz alta. Quedaba una bala. (El vasco, ahora, estaba cerca de la ventana).

Terroso, envejecido, Letamendi arrojó el revólver sobre la mesa. El arma cayó encima de las barajas, desparramándolas. Letamendi retrocedió, esperando que el otro la recogiera y lo acabara de una vez.

Suárez ni la miró.

—Abra esa puerta, amigo, — ordenó con tranquilidad.

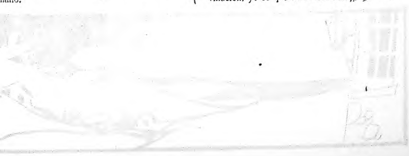
El vasco obedeció, sin atreverse a una palabra de gratitud.

¡Extraño duelo, sin palabras ni sangre, en que el vencedor no había sacado el cuchillo!

Suárez salió despacio. (Yo fuí de los que vieron aquel encuentro de brusca decisión y adivinación; yo sé que no lo olvidaré).

POR

PASCUAL GUIDA



El Mamboretá

EN medio de una extensa abra, cerca del Ayui Grande se halla el puesto de Aciscio Lindon. Desde un tiempo inmemorial, el hombre cuida ovejas al tercio, sin otra compañía que la de su perrazo, Haeté, que significa valiente. El puesto no puede ser más árido... más desarbolado. Ni un sauce, ni un ceibo, ni siquiera un ñandubay. Por todo lujo vegetal el puesto ostenta una mata de tuna silvestre, de enormes hojas carnudas erizadas de espinas feroces... Continuamente el viento norte levanta la tierra movida del gran limpión... sobre el cual se asienta el rancho. ¿Rancho? Más bien sombra, angá de rancho que fué... Posiblemente en tiempo ya remoto, el revoque de estiércol y barro que cubría la quincha, se desmoronó y quedaron al descubierto las ramas, los alambres, las tacuaras, los postes esquineros, y nadie se preocupó de cubrir con nuevas tortas de barro, la quincha. Como nadie preocupóse tampoco de acarrear paja nueva para sustituir la del techo, ya quemada por los solazos y los aguaceros. De la misma manera que a nadie se le ocurrió relevar el cuero de vaca que llena el espacio de la puerta... cuero que los cachorros del viento zamarrean como jugando algunas veces y otras enfurecidos con los latigazos del relámpago y el retumbo formidable de los truenos. Ciertamente, no corresponde al rancho el pomposo título de tal. Su aspecto está más en armonía con el de una mísera choza de pastor nómada, a la cual ni las serpientes nocturnas, que buscan ratones gordos, se aproximan, en la seguridad de una quimérica aventura... Con el tétrico ñacurutú acontece otro tanto, ya no castañetea el pico cerca de la vivienda del hombre solitario, persuadido a igual que la serpiente, de que allí resultará inútil toda excursión cinegética... Ni los urubúes, esos alados basureros, siempre esperanzados en hipotéticas fiestas de putrefacta carnaza, alargan avisores los negros cuellos, dilatando la pupila famélica en aquel sitio. ¿Será que algún naguá ignoto pasó sembrando sal por allí? Ah, los brujos. Siempre los brujos y las brujas. Sin embargo, cierta mañana del cálido diciembre, hacia ese lugar de maleficio se aproxima un viajero. ¿Será un comprador de ovejas, un acopiador de cueros, un chasque de la estancia, algún asesino que va rumbo al monte encubridor? ¿Quién puede ser? La mirada de Aciscio taladra el espacio, sin lograr la ansiada filiación... Mas la distancia se rinde a las cuatro patas del caballo, y entonces Aciscio comprueba, no sin asombro, que se



trata de Isaac, el hijo menor de su viejo amigo y socio capitalista, don Propercio Vargas, el dueño del establecimiento.

Aun duda el puestero, piensa que puede ser alucinación... cosa de Añá, que cuando se propone mistificar, introdúcese en los humanos ojos y los puebla de imágenes ficticias. Visiones placenteras unas veces, y otras pavorosas. Sí, porque a su puesto nadie llega... Es el más lejano, el olvidado perpétuamente. De ahí que al anciano cuidador de ovejas le cueste creer que el joven Isaac, pulcramente vestido, de refinado temperamento, determine visitarlo. ¿A él tan luego, un viejo vizcachón semisalvaje? Un inmerecido honor... Para su rudimentaria mentalidad, aunque el mozo no ha obtenido el título de doctor, ya es todo un doctorazo, capaz de trasmutar los metales e influir sobre los cambios atmosféricos... En fin una especie de adepto, que está por encima del resto de los hombres. Este saber mágico que él supone en Isaac, posiblemente sea un residuo... una nostalgia del caraí-payé de la toldería. Pero Aciscio, haciendo abstracción del poder mágico del mozo, recuerda que para las vacaciones, en sus raras visitas a la estancia, éste le trató bien, invitándolo siempre a pitar sus sabrosos, aristocráticos cigarros de hoja, con su correspondiente etiqueta dorada a fuego... cosa que jamás hizo con los otros puesteros. ¿Lo hacía Isaac por la vieja amistad que lo unía al padre? ¿O porque siendo Isaac un niño, tímido y receloso, él se encargó de hacerle perder el miedo a los caballos? ¿O porque humilde, diligente, le proporcionaba hermosos inofensivos bichos que el niño emocionado recibía y cuidaba en sus juegos con filial amor? Quién sabe... No obstante esta preferencia, la naturalidad de su trato: ¿cómo creer que entre él, un viejo carpincho y aquel gallardo mocetón pletórico de conocimientos pudiera existir el vínculo de una sincera amistad? ¿Un sentimiento con fines totalmente desinteresados y generosos? Y en tanto el jinete llegaba al limpión. Aciscio dábase a recapacitar, a tejer y destejer suposiciones. Quizá le enviase el padre, con la perentoria orden de conducir la majada para la esquila. Pero... ¿y entonces los demás hermanos que capataceaban y trabajaban a la par de los mensuales, se habían echado a dormir la siesta, descansando sobre el pueblero? Y tal suposición rechazábala de inmediato por absurda y disparatada. Los bagualitos, como él llamaba a los hermanos camperos, eran bastante altivos y soberbios, para permitir que aquel intruso de la ciudad interviniese en la dirección de los trabajos rurales. Bien que Isaac era un forastero y poco entendía de trabajos rurales. Pero aun cuando hubiera resultado un técnico, no le habrían permitido intervenir. Ellas y ellos lo monopolizaban todo, desde la administración de los bienes a la voluntad paterna. Por cuanto Isaac era el hijo único de la última esposa de don Propercio, esa mujer lejana, casi irreal, que tanto las hijastras como los hijastros odiaban con inexorable odio. Esa mujer que como un bello y sensible pájaro doméstico, nunca les quiso pisar la estancia y vivió en la ciudad para la adoración de su hijo. Esa mujer superior, que al morir recomendóle al hijo que evitara la vereda inícua por la que marchaban los pérfidos, todos los hambrientos de riquezas y goces materiales. Esa mujer que fué abandonada en sus últimos días por el rudo y cobarde esposo, con el fútil pretexto de que los hacinamientos arquitectónicos le asfixiaban y le obsesionaban los bandoleros de la selva de ladrillo... Tres o cuatro años sin verle. Cuán leve y absurdamente habíanse desvanecido los días. Ahora, con la presencia del muchacho ya casi convertido en hombre, el confuso drama tomaba actualidad de remanso, sereno en la superficie, violento, tumultuoso en le fondo traicionero. Porque algo de ese sucio drama de interés y cobardía había husmeado el puestero.

... ...

Olvidando en el entusiasmo que Isaac apenas tartamudeaba alguna que otra palabra en guaraní, Aciscio preguntó afectuoso:

—¿Mbaéichapa reicó, dotor?

—Bien, ya lo vé, don Aciscio. ¿Y usted?

—Pa ser un tuyá, un viejo yacaré... demasiao bien, dotor.

—No se achique don Aciscio —bromeó el mozo— Ya quisieran los caimanes parecérsele... Ya quisieran.

—¿Mbaérepá?

—Oh, bah, usted sabrá por qué...

—Ja, ja, ja. ¡Qué dotor! Y pase, pues.

—Mire don Aciscio que todavía no soy doctor y... posiblemente no lo seré nunca.

—¡Iyapu!... Cómo no viá creerle eso. ¿Y a qué tengo el gusto de verlo por acá, doctor?

—A que acabo de romper definitivamente con mis hermanas y hermanos de padre, y creo... no sé. Creo que también mi padre, cae en la volteada.

POR

VIGNOLA MANSILLA

ILUSTRACION DE PARPAGNOLI



—¡Dotor, no puede ser! ¿Eso ha pasao?

—Efectivamente... Ellas han sido las que más paja arrojaron al fuego. Figúrese que se han permitido llamarme intruso... hijo de la mujer... con lo cual han ofendido canallescamente la memoria de mi santa madre.

—¡Membíg cuimbaé! Si serán yararasas... Si serán víboras... Y áhura dotor ¿qué piensa hacer?

—Pienso acompañarlo algún tiempo, don Aciscio.

El puestero abrió desmesuradamente los ojos y borbotó:

—Dotor... ¿usté? ¿Usté que estará acostumbrado a lo mejor? ... Imagínese dotor, el rancho éste que se llueve por todas partes, que el viento lo vandéa de un lao a otro...

—Es decir, siempre que no estorbe...

—Ah, eso nunca, dotor. Eso ni siquiera se dice... con el mayor gusto. Su casa será dende hoy este pobre rancho, si usté lo quiere. Y yo seré su pión, su amigo, pa servirlo.

—Peón, no. Amigo, eso sí. Trabajaremos juntos, buscaremos muchos bichos. Porque deseo enriquecer mi colección indigente...

—Pero dotor... ¿ansí que siempre aficionado a los bichos?

—Siempre. Y le confieso que no existe mundo tan maravilloso como el de los insectos. Cada vez que tengo oportunidad de estudiarlos en la vida, en su medio ambiente, más me convenzo de ello. Traigo el propósito de estudiar la abeja o avispa camuatí en su admirable organización social... Sí, estudiaré ese prodigioso animalito, como otros estudiaron la abeja cafre, la abeja india, la ligúrica, la doméstica. Después de todo, estudiar el carácter, la historia moral de los avispones, siempre será más interesante, más saludable que engolfarse en la cría y refinamiento de los toros, las vacas, los cerdos, los carneros, por no incluir la húmana entidad en tales especulaciones... Por ejemplo: un bello lepidóptero es para mí una incomparable obra de arte viviente... que no tiene precio, que no hay elogio que lo coloque en su justa apreciación.

Hablaba con vehemencia sobre su tema favorito, con el evidente propósito de aturdirse o borrar el cauce de los pensamientos funestos que trabajaban su ánimo. Pues estaba pasando por una intensa depresión moral, que daba a su semblante una expresión de viril melancolía.

—¿Ansí dotor que lo han ofendido? — bruscamente preguntó Aciscio frunciendo el ceño, con acento amenazador.

—Parece, — repuso el mozo, tras de un silencio meditativo y añadió. Sí, ellas, las hijas de mi padre y las cuñaditas, provocaron deliberadamente la escena odiosa... Las circunstancias me eran francamente adversas... nadie estaba de mi lado... Hasta la bravura del viejo, se diluía en un silencio cómplice. Entonces yo, para evitar que el drama alcanzara un desenlace cruento, opté por retirarme... pues en los salvajes ojos de mis remanitos, vi la resolución criminal de eliminarme al menor indicio de rebeldía. Era la suprema venganza que se tomaban en el hijo, contra la madre muerta... Cosa repugnante y brutal ...Drama de ayer y de hoy. Drama de lugares comunes, de almas turbias, enloquecidas por la codicia y el terror de compartir algunos centavos, en lo futuro conmigo... Eso es todo... Me lo gritaron ellas... cualquier cosa harían para desheredarme... Y nada dijo mi padre. Con su silencio cómplice, dábales la razón a ellas... a ellos.

—Lo que han hecho con usté, dotor, no tiene nombre. — rugió Aciscio.

Isaac derivó hacia otro tema la conversación:

—Sé que por acá cerca hay un río.

—Claro pues, el Ayuí Grande.

—Bien. Un día de estos iremos a pescar... En la maleta, justamente, con los frascos para los bichos traigo algunos anzuelos.

—Dotor, cuando usté quiera nomás. Con gusto viá acompañarlo.

—Decididamente, don Aciscio, esta mañana andamos con suerte... Hemos dado caza al anacrónico mantis religioso, feroz individuo, al que los hombres han superado, como es de suponer... ¿No le conocen ustedes los autóctonos con el nombre de mamboretá?

—Eso es, dotor... No le conocemos otro nombre.

—Pues, el individuo es conocido universalmente por "el santo", "el religioso", "el profeta", "el predicador", "el ruega a Dios", "el ¿dónde está Dios?", "el adivino", "el mendicante"... y se comprende, sabe fingir admirablemente el fervor místico... Se le adora en Turquía, y en Extremo Oriente creen augurio feliz hallarle en el camino. Con todo, para el entomólogo-filósofo es un antropófago, un anténtico caníbal... Su sanguinario instinto lo lleva al fratricidio. Hijos, esposa, madre, padre, hermanos pasan a su buche lo que quiere decir que el mamboretá es el super insecto en su mundo... Ha roto el círculo infernal de la familia... y por esto tal vez, considérasele un grandísimo impostor, un holgazán consuetudinario, un hipócrita sin rival. Pero... todo eso ocurre a través de nuestro prisma personal. ¿Sabemos si el bello ortóptero piensa, obra como un autómata, o es de modo semejante?

—Ciertamente, no se necesita emplear la dialéctica, para demostrar que el mamboretá se conduce al revés del hipócrita, que siendo interiormente negro o rojo, trata de pasar por blanco. El mamboretá se muestra tal cual es, mientras el hombre nunca aparece siendo lo que es en realidad.

—Le creo, dotor... Todo lo malo que dicen del manboretá es calumnia... Sí, en el tiempo antiguo, hubo personas que se salvaron por el mamboretá; él les indicó el camino del rancho, cuando se hallaban extraviados en el desierto o en el monte. Por otra parte, se habrá fijado que el mamboretá no le juye a naides

Y fíjese cómo se defiende con los bracitos.

—Verdaderamente... Parece que está repartiendo sablazos.

—Disculpe dotor. ¿Sabe lo que pienso?

—Lo ignoro, don Aciscio.

—Que hasta este mamboretá les podría enseñar a ser más hombres a sus hermanos... A su mesmo padre, que dende que le hizo esa mala jugada a usté, se me hace que va dejando de ser mi viejo amigo... Lástima, por él que se ha güelto un picuré, un pobre conejo.

—Es como yo digo — afirmó Isaac — el mamboretá será bandolero, pero es lindo varón...

Alarme a sus Amigos

(A) En la biblioteca están alineados el primer tomo y el segundo de las obras de Carlos Marx. Son dos volúmenes imponentes y cada uno cuenta más de 1.000 páginas y tiene 10 centímetros de espesor, contando el cuero de las dos tapas, que son de 2 milímetros cada una. Pasan los años y acaba por descubrirse que una polilla ha horadado un camino horizontal desde la primer página del primer tomo a la última del segundo. ¿Qué largo tiene esa camino?

(B) Un ladrillo pesa un kilo y medio ladrillo. ¿Cuánto pesa medio ladrillo?

(C) A Euclides, padre o editor de la Geometría, le imputan la invención de este diálogo: Un asno, repechando una montaña, se queja de la carga que lleva. Su compañero que es un mulo, le dice: "No tienes razón de quejarte. Si tú me dieras una de tus bolsas, yo cargaría el doble de las que cargas; si yo te pasara una de las mías, cargaríamos lo mismo los dos".

¿Cuántas bolsas cargaba el asno y cuántas el mulo?

SOLUCIONES

(A) El camino de la documentada polilla se suele calcular en 20 centímetros; otros, más cautos, deducen 4 milímetros de los tapas y obtienen 19 centímetros, 6 milímetros. Ambas respuestas son erróneas. La verdadera solución es 4 milímetros, ya que en una biblioteca bien ordenada la primer página de un tomo primero queda junto a la última del segundo, y no los separan más que dos tapas.

(B) Medio ladrillo pesa un kilo. Un ladrillo pesa un kilo y medio ladrillo, vale decir, dos kilos.

(C) 5 bolsas cargaba el asno; 7 el mulo.

Añado la solución algebraica:

$X+1=2(Y-1)$

$X-1=Y+1$

$X=Y+2$

$Y+2+1=2Y-2$

$2+1+2=2Y-Y$

$5=Y$

$7=X$

37.186, con 2 Millones

CIENTO diez escobas paja, maíz de guinea...

—A cero veintitrés..

—Veinticinco con treinta...

—Bien.

—Trescientos cincuenta y dos kilos, jabón amarillo...

—Un momento, volvé a cantar. ¿Cuánto dijiste?

—Trescientos cincuenta y dos kilos.

—Bien; a cero doce el kilo.. ché, ¡cuánto tardan en salir los dos millones! ¿Todavía no se sabe nada?

—Ya son las dos de la tarde, no puede tardar mucho.

—¿Quién está escuchando ahora, González? Ese es un yeta, no acierta ni una. ¿Por qué no vas vos y le decís que se venga?

—No, para salir hay que esperar que él vuelva; ya sabés el escándalo que arma el jefe, si encuentra dos empleados fuera de la oficina.

¡Ese perro! Mirá, quisiera sacar la grande, nada más que para darme el gusto de poderle escupir a la cara toda la bronca que me ha hecho juntar durante diez años en esta oficina de liquidaciones; verías vos, todo lo que le diría...

—¿Y yo; vos sabés todo lo que me ha hecho a mí? Nadie ha tenido que aguantarle tantas perrerías como yo le he aguantado...

El jefe, ausente momentaneamente de la oficina, hizo su aparición, trayendo entre las manos, el legajo de un abultado expediente. Su andar era lento y pausado, en apariencia venía absorto en el expediente; mas, los empleados sabían como producto de una larga experiencia, que a pesar del legajo, eran objeto en ese momento de una inspección minuciosa e inquisitorial. Volvieron precipitadamente a sus tareas, interrumpiendo los diálogos.

—Trescientos cincuenta kilos jabón amarillo..

—A cero doce el kilo.

—Cuarenta y dos con veinticuatro.

—Bien, siga...

La oficina había recobrado su ritmo habitual de trabajo. Los que se hallaban en su puesto metieron nuevamente la cabeza entre las carpetas, expedientes y planillas, los otros, los que fueron sorprendidos fuera de su lugar correspondiente, conversando con algún vecino, simulaban con toda seriedad una grave consulta sobre el primer pedazo de papel que hallaron a mano. Cada uno sentía sobre su cabeza inclinada la mirada dura y persistente del jefe: los liquidadores y sus ayudantes, retomaron con celeridad el ritmo monótono de las cantidades.

—Trescientos kilos jabón amarillo...

—A cero doce el kilo.

Treintiséis pesos.

—Bien, siga...

El jefe tosió dos veces, los diez y nueve empleados presentes en la sección a sus órdenes, se inquietaron a un tiempo. ¿Quién sería la víctima? Demasiado conocían el significado de esa tosecita seca, acatarrada, portadora de tormenta.

Un solo asiento permanecía desocupado, era el del empleado Demetrio González, ayudante de liquidador. La voz ronca del jefe, cuya presencia anunciara la reventadora tosecita, no se hizo esperar.

—González — exclamó pausadamente, dejando entrever en su expresión, la voluptuosidad de un sabueso que ya tiene entre sus garras la presa.

Nadie respondió a su primer llamado; transcurrió una regular pausa, la voz del jefe se oyó de nuevo, ahora más imperativa.

—González — volvió a llamar, alzando esta vez la vista, que descanzaba sobre el legajo que simulaba leer, y mirando por sobre los anteojos.

El liquidador que trabajaba en pareja con González y cuyo trabajo había quedado interrumpido, se vió precisado a responder.

—Salió, señor — contestó con entonada cortesía.

—¿Dónde fué?

—Creo que al baño señor, no debe tardar en volver.

El jefe se calló, volvió a su expediente. La oficina seguía su rutinario curso.

—Quinientos cepillos de paja...

—A cero veinticinco.

—Ciento veinticinco pesos.

Los ayudantes cantaban cantidades y mercaderías, los liquidadores el precio por unidad y aquéllos nuevamente los totales. Estos cálculos, a fuerza de repetirse diariamente durante años, ocho horas por día, se habían transformado en una función de hábito que se realiza mecánicamente; las mismas mercaderías, los mismos precios por unidad, los mismos totales, constituían la rutina donde se hacía poco menos que imposible un error.

Ese día, veintidós de diciembre, se jugaba la lotería de los dos millones. Los veinte empleados de la oficina de liquidaciones habían adquirido un entero, el jefe no quiso participar; si el número salía con el premio mayor, correspondía a cada uno noventicinco mil pesos. En esos momentos la suerte se estaba echando, la nerviosidad era general y la esperanza se había transformado en angustiosa expectativa. Una radio lejana podía escucharse desde los fondos del edificio donde estaban instalados los baños; los empleados, por turno, hacían guardia para escuchar el canto de los premios.

González tardaba en regresar; la impaciencia crecía a cada instante; el jefe había colocado su reloj sobre el escritorio y registraba escrupulosamente el tiempo que éste permanecía fuera de la oficina. Mientras tanto el relevante no podía salir en su busca, pues era orden inapelable del jefe que no podía salir a los baños más de un empleado por vez.

Por fin éste hizo su aparición; recogió la mirada interrogante de todos sus compañeros y mientras caminaba hacia su escritorio mirando de soslayo al jefe, contestó negativamente con la cabeza. Todavía nada.

Había llegado a su mesa, iba a sentarse, cuando la mirada oblicua del jefe, que se escapaba por arriba de los anteojos, le inmovilizó en su sitio.

—González —oyó, luego de una breve pausa—, venga, acérquese...

—Señor —contestó solícito, y se acercó a su mesa.

—¿Dónde estuvo hasta ahora?

—En el baño, señor.

—¿En el baño? Yo hace doce minutos que he vuelto a la oficina y usted ya no estaba en su sitio. —Mientras hablaba hacía jugar entre sus manos el reloj acusador, a la vista del empleado—. Bien, usted sabe que sólo se permite cinco minutos para salir al baño, cinco minutos para el café y cinco minutos para el té con leche a la tarde...

—Pero señor, es que...

—¡Nada, no me conteste; usted ya me tiene cansado! —Su voz cobraba un tono alarmante—. Vuelva a su sitio y sepa que en cuanto lo pesque en otra, va inmediatamente a la calle.

El empleado, en actitud sumisa, volvió a su lugar; una oleada de sangre enrojeció su rostro, mas, ya estaba amoldado a la esclavitud de la oficina; era la única persona ocupada en su numerosa familia. Retomó los papeles.

—Ciento veinte escobas paja, maíz de guinea —cantó al liquidador.

—A cero veintitrés —contestó éste.

—Veintisiete sesenta — acusó cantando los números mecánicamente, mientras su pensamiento hablaba con su lenguaje interior.

—¡Si nos sacáramos los dos millones, cómo le pondría la cara al perro este!

Hubo en la oficina un momento de indecisión; después de lo ocurrido, nadie se mostraba dispuesto a salir para escuchar la radio. El rumor lejano del canto de los premios de la lotería llegaba sin embargo hasta ellos; la expectativa era angustiosa.

Por fin, Indalecio Pérez, viejo empleado muy bien conceptuado por su puntualidad y cumplimiento en el trabajo, semiciego y semisordo, se decidió a afrontar la situación, azuzado por sus vecinos. Salió, el jefe lo miró de soslayo, pero en atención a sus grandes méritos, no dijo nada

La oficina continuó su mecánica tarea cantando cantidades, mercaderías, precios por unidad y totales, ahora con una sensación de alivio, sabiendo en su puesto al centinela de los dos millones. Mas, el pensamiento de los empleados estaba muy lejos del trabajo que ejecutaban y de las cifras que iban cantando; la imaginación de cada uno vagaba por lugares distintos.

—Con noventicinco mil pesos — pensaba Joaquín Ruiz, hombre de cuarenta y cinco años con veinte de oficina, flaco, macilento, con cincuenta y cinco kilos de peso y uno ochenta de estatura— me compro dos potrillos de carrera, se los doy al mejor cuidador de Palermo y... Y ya se veía en la tribuna de los socios en un día de Gran Premio, entre dueños de caballos, compositores, jockeys, envidiado, admirado, como él envidiaba y admiraba a todo ese gran mundo del hipódromo, que concurría a la ventanilla de los grandes vales, mientras él iba en la populares en procura de un modesto ganador y un placé.

Severo Quiroga, en cambio, estaba empeñado en contestarse cuánto le costaría una vuelta al mundo en el Graf Zeppelin; claro que antes de embarcarse en el dirigible, ya habría realizado media docena de viajes transatlánticos. Era un muchacho de veinticinco años, grandote, fornido, que en su casa había reunido una formidable biblioteca de novelas de aventuras.

Allá en el fondo, arrinconado casi en el ángulo más oscuro de la sala, se hallaba un muchachito de veinte años, paliducho, de pequeña estatura, que siempre tenía en los bolsillos folletos y que más de una vez había sido sorprendido leyendo furtivamente en cambio de trabajar.

—Pensaba: —con noveintaicinco mil pesos, yo resolvería muchas cosas, no hay duda. Pero mi conciencia ¿continuará siendo la misma que la del empleado de ciento treinta pesos...?

El viejo Indalecio Pérez penetró violentamente en la oficina; sus ojos habían saltado fuera de las órbitas, quería hablar y sólo un grito gutural salía de su garganta; manos y piernas gesticulaban con una energía que nadie le había conocido antes.

Los otros diecinueve empleados se pusieron de pie a un tiempo, electrizados. Todos clavaron sus ojos en el viejo Pérez, contenían la respiración; nadie osaba lanzar la interrogante que les oprimía la garganta. Segundos de eternidad transcurrieron en esta situación. Finalmente, Pérez, tragando saliva, pudo articular sus palabras.

—El 37.186 con los dos millones...

Era el número que ellos poseían. El escándalo que sucedió entonces superó toda imaginación; pasarán muchos años y este suceso será repetido de padres a hijos y de abuelos a nietos, como las grandes revoluciones que registra la historia.

Un hecho, sin embargo, primara por sobre todos los demás, por sobre el vuelo de libros, carpetas, biblioratos y hasta tinteros que iban en una misma trayectoria a aterrizar sobre la humanidad del jefe; era Demetrio González, debatiéndose como un poseído entre sus compañeros que lo aferraban y que gritando él solo más que todo el resto, reclamaba la garganta del jefe.

Este, en su escritorio, la cabeza caída sobre el pecho, los brazos colgando a lo largo de la silla, no se había movido. Aceptó estoicamente su derrota y aun tuvo fuerzas para contestar a los insultos con un —¡Los felicito, muchachos!

Poco después, la oficina quedó desierta.

Día veintitrés de diciembre. Es la hora de entrada a la oficina de liquidaciones; los empleados, uno a uno, van entrando y cada vez se oye el clásico buenos días. Fuera de esto, el silencio es sepulcral, nadie osa mirar a la cara de su vecino.

El jefe, en su escritorio, lee aparentemente el diario con mucha distracción; su continente es como de costumbre, autoritario. Tiene ante sus ojos el extracto de la lotería del día anterior, el 17.086 con dos millones.

El pobre viejo Pérez, semisordo, había confundido el número. La oficina vuelve a la diaria tarea.

—Ciento diez escobas de paja, maíz de guinea...

Cada uno de los veinte empleados presiente la tosecita seca, anunciadora de tormenta.

—¿Quién será la primera víctima?

POR

José Allegretto

Ilustración de Rojas

Peloponeso y Jazmín ★ por Hamlim





















